



GDF

GRUPO DE DISCIPULADO FAMILIAR



MINISTERIO CASA SEGURA

GDF

GRUPO DE DISCIPULADO FAMILIAR



MINISTERIO CASA SEGURA

El presente material es de distribución gratuita, prohibida su comercialización.

La versión de las Escrituras utilizadas en este material corresponde a la versión Reina Valera 1960.

Ministerio Casa Segura

Casa Segura Publicaciones

www.casasegurapublicaciones.es

Facebook: Casa Segura Publicaciones

Instagram: Casa Segura Publicaciones

Twitter: Casa Segura Publicaciones

Whatsapp +34 655 09 93 38

ÍNDICE

	<i>Pág.</i>	
Clase 1	El fundamento del Evangelio de Cristo <i>Jesús comienza su ministerio</i>	6
Clase 2	La esencia del mensaje de Cristo <i>Las bienaventuranzas</i>	9
Clase 3	Nuestra función en la tierra <i>Llamados a ser sal</i>	14
Clase 4	Nuestra responsabilidad <i>Llamados a ser luz</i>	17
Clase 5	La importancia de nuestros actos <i>Llamados a obedecer y seguir el consejo</i>	20
Clase 6	Lo que el Padre espera de nosotros <i>Llamados a ocuparnos primeramente de nosotros mismos</i>	23
Clase 7	Dónde radica el pecado de hombre <i>El problema de no está fuera, sino dentro de nosotros</i>	26
Clase 8	Jesús hablando acerca del divorcio <i>El problema de los “parches” humanos</i>	30
Clase 9	La importancia de la honestidad al hablar <i>Cuando jurar ya no es necesario</i>	34
Clase 10	El amor al prójimo <i>La base de todas nuestras relaciones</i>	37
Clase 11	Jesús y la actitud al dar <i>Aprendiendo a ser humildes</i>	41
Clase 12	Jesús y la oración <i>Aprendiendo a comunicarnos con Dios</i>	44
Clase 13	Jesús y el perdón <i>Dando a otros lo que esperamos recibir de Dios</i>	48

Clase 14	Jesús y el ayuno <i>El arma secreta para lograr cosas en Dios</i>	50
Clase 15	Tesoros en los cielos <i>Entendiendo la vida espiritual</i>	53
Clase 16	La lámpara del cuerpo <i>Aprendiendo a interpretar la vida conforme a la voluntad de Dios</i>	55
Clase 17	La dependencia de Dios <i>Aprendiendo a descansar en su providencia</i>	58
Clase 18	El juzgar a los demás <i>Aprendiendo a ocuparnos de nosotros mismos</i>	61
Clase 19	Sabiduría para compartir el mensaje <i>Aprendiendo a valorar lo que tenemos</i>	64
Clase 20	Nuestra relación Dios <i>Desarrollando una relación de confianza</i>	67
Clase 21	La sencillez del Evangelio de Cristo <i>Poniendo en práctica lo enseñado por Jesús</i>	70
Clase 22	La llave para encontrar la bendición de Dios <i>Atreviéndonos a no dejarnos llevar por lo que hacen los demás</i>	73
Clase 23	El método para no dejarnos engañar fácilmente <i>Prestando atención a las señales que tenemos delante</i>	75
Clase 24	El objetivo principal de nuestra vida sobre la tierra <i>Poniendo nuestro corazón en lo realmente importante</i>	78
Clase 25	El fundamento sólido para nuestra vida <i>Aprendiendo a tomar y a aplicar todo lo recibido</i>	81

Clase 1

EL FUNDAMENTO DEL EVANGELIO DE CRISTO

Jesús comienza su ministerio

*“Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir:
Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado”.*
Mateo 4:17

Luego de haber sido bautizado, Jesús fue llevado al desierto para ser tentado y, una vez que pasó la prueba con éxito, estuvo en condiciones de comenzar su ministerio terrenal, para el cual se había estado preparando por treinta años. Entonces, cuando por fin comenzó a llevar adelante su ministerio, vamos a encontrar que la primera palabra que Jesús pronuncia al comenzar su predicación es “arrepentíos”.

A la mayoría de nosotros nos atrae la segunda parte de su mensaje: “*El reino de los cielos se ha acercado*”. Nos encanta la cercanía del reino de los cielos, la manifestación de su Espíritu Santo; disfrutamos de su presencia, de su gozo, de su paz, de sus dones; nos atraen las sanidades físicas, los milagros, las cosas sobrenaturales, y queremos todas esas cosas. Pero pocos de nosotros prestamos atención al *requisito* para disfrutar de tal estilo de vida: *arrepentirse*.

Hay una verdad que no podemos eludir y es que *sin arrepentimiento no hay acceso al reino de los cielos*. Observemos el significado de esta palabra antes de seguir adelante:

Arrepentimiento:

- Según el diccionario de la lengua española, esta palabra significa: *Pesar que se siente por haber hecho una cosa que no se considera buena o adecuada.*
- Según el diccionario bíblico y de acuerdo con los originales griegos y hebreos, arrepentimiento en la Biblia significa: *Sentir pesar, estar triste, cambiar de opinión, de dirección.*

El arrepentimiento, entonces, como término teológico, es el *acto de abandonar el pecado, aceptar el regalo de Jesús: la salvación, e iniciar una nueva relación con Dios.*

El verdadero arrepentimiento implica un cambio radical en la actitud hacia el pecado y hacia Dios (cambio de opinión, de mente, de dirección). Está precedido por la convicción del Espíritu Santo: es el Espíritu Santo quien nos convence (nos hace entender) que hemos fallado a Dios y debemos volvernos de nuestros caminos. A la convicción sigue la *contrición: el dolor en el corazón por haber fallado a Dios.* Y luego, el reconocimiento interior de nuestra necesidad de la gracia de Dios (misericordia), unida a una disposición de abandonar el pecado para vivir conforme a los parámetros establecidos por Dios en su Palabra. Sin estos pasos fundamentales en nuestra vida es imposible que podamos tener acceso a disfrutar plenamente de la vida que Jesús viene a ofrecernos: *el estilo de vida del reino de los cielos.*

Jesús ha venido para que tengamos vida en abundancia; pero eso solo sucede cuando vivimos la plenitud de vida del reino de los cielos: cuando el cielo invade nuestro ser, cuando el reino de los cielos se establece en todo lo que somos: en nuestra vida, en nuestro hogar, en nuestra familia, en nuestra ciudad. El paso fundamental para vivir la plenitud de Cristo es el arrepentimiento.

¿De qué debemos arrepentirnos? De nuestros pecados.

¿Qué es el pecado? Pecado es descrito en la Biblia como la transgresión a la ley de Dios y la rebelión contra su persona.

La palabra *pecado* significa *errar al blanco*. El objetivo de nuestra vida es obedecer a Dios, vivir conforme a sus parámetros y enseñanzas. Toda decisión que tomamos y todo acto que realizamos que no se encuadra dentro de estos parámetros, es decir, cada vez que, en nuestras decisiones, *erramos al blanco* desobedeciendo a los consejos de Dios, eso se considera *pecado*.

¿Habrás alguna cosa en tu vida que sabes y eres consciente de que no es correcta delante de Dios? ¿Habrás alguna práctica que entiendes que debes

abandonar, porque sabes que desagrada a Dios y no se encuadra dentro de sus enseñanzas?

Debes saber que el abandono del pecado es una decisión personal, que debe ser tomada con seriedad y responsabilidad delante de Dios, en la búsqueda de ordenar nuestros caminos y comenzar a serle fieles en todo lo que somos. La vida con Dios no es una vida en la que debemos continuamente *esforzarnos* por hacer las cosas bien, cayendo vez tras vez porque, en nuestras propias fuerzas, no logramos encajar en el estilo de vida que se nos exige debemos vivir. La vida con Dios debe ser una *relación de amor* que tenemos con el Padre, una relación en la que aceptamos que él nos ama con nuestros pecados y defectos, pero en la que *decidimos voluntariamente apartarnos* de aquellas cosas que sabemos que entorpecen nuestra comunión con él.

El resultado de poner en primer lugar de nuestra vida nuestra relación de amor hacia Dios, será un estilo de vida conforme al que él espera de cada uno de nosotros.

Si queremos vivir la plenitud del reino de los cielos para nosotros, debemos amarle, por sobre todas las cosas, tal y como él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo para morir por nuestros pecados.

Recuerda: *Una sola gota de la sangre de Cristo tiene el poder de limpiar el pecado más horrendo que puedas haber cometido.*

Conclusión:

Si le damos lugar al Espíritu de Dios en nuestra vida, él será quien se encargue de producir en nosotros la convicción que necesitamos para sentir verdadero arrepentimiento. Ese arrepentimiento nos llevará a pedir perdón a Dios por cada pecado cometido, a renunciar a cada uno de ellos, así como a sus consecuencias, y a tomar la firme decisión de apartarnos de toda práctica pecaminosa.

Clase 2

LA ESENCIA DEL MENSAJE DE CRISTO

Las bienaventuranzas

“Viendo la multitud, subió al monte; y sentándose, vinieron a él sus discípulos.

Y abriendo su boca les enseñaba, diciendo:

Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación.

Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

*Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia,
porque de ellos es el reino de los cielos.*

*Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan,
y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos
porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron
a los profetas que fueron antes de vosotros”*

Mateo 5: 1-12

En el capítulo 5 de Mateo encontramos lo que se llama “*El Sermón del Monte*”. Un mensaje de Jesús claro, práctico y específico, que nos muestra en resumen lo que Jesús vino a transmitirnos: *el pensamiento de Dios para nosotros*.

Este sermón comienza con las bienaventuranzas; la palabra *bienaventurado* es una traducción de la palabra griega *makarios*, que significa *afortunado, extremadamente bendecido o feliz*. Es una *felicidad basada en un gozo interno y no en las circunstancias externas*.

“Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”. Esta bienaventuranza hace referencia al valor que tienen para nosotros los bienes materiales, y el lugar que ocupan en nuestra vida. El ser humano está compuesto por espíritu, alma y cuerpo. El espíritu es el lugar preparado para ser la habitación de Dios en nosotros. Pero, muchas veces, ese lugar no está ocupado por Dios, sino por otros dioses como el dinero, los bienes materiales, las riquezas, etc. Ya sea que estos abunden en nuestra vida, o no, generalmente suelen ser la mayor preocupación que poseemos. Los bienes materiales llegan a ser tan importantes para nosotros, tanto el conseguirlos como el disfrutarlos, que nos olvidamos de nuestra relación con Dios, o esta pasa a un segundo plano. *“Pobres en espíritu”* significa que en ese lugar no reinan las riquezas o el deseo de obtenerlas, sino que en ese lugar el único Rey es Dios, el principal, el número uno. De esta manera, somos candidatos para heredar el reino de los cielos, con todo lo que ello implica. *“Pobres en espíritu”* no hace apología de la miseria material. *“Pobres en espíritu”* significa que puedo ser multimillonario, pero no dejo que esa abundancia en lo material gobierne mi vida, ni mis decisiones; o puedo trabajar y esforzarme por estar en mejor posición económica, si es que no lo estoy, pero eso no afecta mi relación con Dios, ni mis prioridades. *“Pobres en espíritu”* son aquellos que colocan lo material en el lugar en el que debe estar, y priorizan todo el tiempo su relación con Dios y su Palabra, independientemente de cómo prosperen sus negocios. Somos bendecidos si no estamos aferrados a los bienes materiales: recibiremos su Reino como herencia.

“Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación”. Esta bienaventuranza rompe con el mito de que un hijo de Dios no puede sufrir. Fue el mismo Jesús quien, tiempo más tarde, nos advirtió: *“En el mundo tendréis aflicción, pero confiad, yo he vencido al mundo”*. Existe un evangelio muy predicado en nuestros días basado en el éxito, en la abolición de los sufrimientos y en promesas de bienestar con tan solo aceptar a Jesús en el corazón. Este evangelio predica que Jesús ya pagó un precio por nosotros, por lo que hoy no debemos nosotros pagarlo. Este evangelio predica que Jesús ya sufrió por nosotros, por lo que hoy nosotros no debemos sufrir. Predicar estas cosas le hace a Jesús mentiroso, ya que él mismo dijo que en el mundo tendríamos aflicción. Pero, juntamente con esa advertencia nos dejó

una valiosa promesa, y es que *recibiremos consolación*. Somos bendecidos si lloramos: el Espíritu Santo está con nosotros para consolarnos.

“Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad”. La mansedumbre era una de las características de Jesús. Jesús fue insultado, fue escupido, fue golpeado, pero nunca respondió con violencia, sino que cerró su boca, *“como cordero fue llevado al matadero”*, y nunca respondió con agresión. Hoy en día, vivimos en un mundo convulsionado, en el que reina el estrés, la impaciencia y la intolerancia. Todos andan apurados, nadie quiere esperar a nadie, y nadie soporta a nadie. La reacción espontánea de la gran mayoría de las personas es la irritación: padres e hijos, jefes y empleados, cliente en un comercio, etc. *“Heredar la tierra”* se refiere a la eternidad que pasaremos con Jesús, luego de esta vida. Los candidatos a vivir esa eternidad con él son aquellos que han determinado imitarle, andar como él anduvo, caminar en sus pisadas. Somos bendecidos cuando nos esforzamos por comportarnos tal como Jesús lo haría, aun cuando eso implique, aparentemente, *“perder la jugada”*.

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados”. Uno tiene hambre de lo que uno quiere comer. Uno tiene sed de lo que quiere beber. Si uno tiene hambre y sed busca saciarse de lo que está deseando. El que tiene hambre y sed de justicia es el que anhela y desea caminar y vivir en justicia, algo que no es fácil para ningún ser humano, ya que a diario sufrimos tentaciones para desviarnos de la justicia de Dios y manejarnos según los parámetros de este mundo (estafa, robo, chantaje, soborno, mentira, etc.). A diario, tenemos oportunidades de obrar indebidamente; más de una vez, escudándonos en que *“todos lo hacen”*, *“quién se va a enterar”*, *“lo hago por una causa justa”*, sin saber que es Dios quien está mirando las intenciones de nuestro corazón, y no está dispuesto a apoyar ni apañar nuestro mal accionar. Tener hambre y ser de justicia significa que, aunque me cueste, quiero hacer lo correcto, quiero agradar a Dios, quiero vivir rectamente; por lo tanto, aunque me sea difícil, seré saciado. La gracia de Dios estará allí para librarme de caer cuando necesite de ese auxilio. Aunque no sea fácil mantenerse íntegro, la gracia de Dios estará allí para sostenerme. Somos bendecidos cuando en nuestro corazón reina el deseo de agradar a Dios y serle fieles, por encima de todas las cosas, porque su gracia estará allí para sostenernos cuando lo necesitemos.

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”. *“Como tú hiciste se hará contigo”*, dice la Palabra de Dios; y nos enseña también que lo que uno siembra, eso cosecha, verdades ineludibles que rigen para cualquier ser humano que habita esta tierra. Si queremos alcanzar misericordia de parte de Dios, deberemos extender nuestra misericordia a otros. Interesante observar que primero debo dar, para luego recibir. Primero debo sembrar, para luego cosechar. Primero soy misericordioso, luego alcanzo misericordia. Es importante analizar nuestro corazón, y ver si aún hay cuestiones pendientes que no hemos podido resolver. La falta de perdón suele ser un enemigo muy astuto que se esconde en lo profundo del corazón, sembrando raíces de amargura. No contento con sembrarlas, las cultiva, las riega, las hace crecer; como resultado, tenemos un gran arbusto que entorpece la visión, el crecimiento, el ensanche y la vida espiritual. No vamos a poder obtener más perdón que el que demos a otros; así lo declara la palabra: *Dios no puede perdonar al que no ha perdonado*. Y este perdón no se refiere solo a faltas graves o actos altamente maliciosos; este perdón también se aplica a las pequeñas diferencias de todos los días, que son las que, más de una vez, generan entre nosotros los vacíos más grandes. Somos bendecidos cuando perdonamos, porque entonces Dios puede perdonarnos a nosotros.

“Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios”. El deseo de nuestro corazón es ver a Dios en todas las áreas de nuestra vida. Ver su bendición, ver su gloria, ver su mano poderosa librándonos de todo enemigo que se quiera levantar. Pero hay un requisito fundamental para ver a Dios en todo lo que somos: *un corazón limpio*. La Biblia también nos enseña que de la abundancia del corazón habla la boca, y que del corazón mana la vida. El centro de lo que somos es nuestro corazón. Allí habitan nuestras emociones, nuestras convicciones, allí establecemos nuestras prioridades. En la medida en que apartemos de nuestro corazón el pecado, los vicios y todo lo que nos ensucia, podremos ver a Dios en cada paso que demos. Somos bendecidos cuando nos esforzamos por vivir en santidad: veremos a Dios en nuestra vida.

“Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios”. Pacificador es aquel que procura la paz en todo lugar en el que se

encuentra, que no significa que debe callar y no ejercer su derecho a reclamar lo que le corresponde, sino que usará los medios y las formas más diplomáticas para lograrlo. Pacificador es aquel que va por lo que le corresponde sin procurar dañar al otro, no por eso dejando que el otro *lo pase por encima*, sino entendiendo que debe ocupar su lugar y lograr el respeto y el reconocimiento de quienes están a su alrededor. Cuando ocupamos nuestro lugar y sabemos ejercer nuestros derechos sin buscar dañar a quienes tenemos al lado, estamos demostrando ser verdaderos hijos de Dios, con autoridad, con respaldo del cielo, de manera que otros tienen que reconocerlo. Somos bendecidos cuando entendemos que debemos ocupar nuestro lugar y lo hacemos: seremos identificados como hijos de Dios.

“Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos”. Quizás ninguno de nosotros ha vivido la verdadera persecución por causa del evangelio. Quizás ninguno de nosotros ha sido puesto en prisión, ni amenazado de muerte por predicar a Cristo, como sucede en otros lugares. Pero sí hay un tipo de persecución que es la *ideológica*, y es la que suele ejercer cualquier persona común en una simple rueda de amigos. Somos atacados en nuestra manera de pensar, en nuestras convicciones, en nuestras creencias y, muchas veces, esa persecución logra matar nuestros sueños, nuestras fuerzas, nuestra fe. Pero si podemos permanecer a pesar de la persecución, a pesar de las burlas, de los enfrentamientos, de las diferencias, nuevamente el Señor nos promete entregarnos la plenitud del reino de los cielos, con todo lo que ello significa. Somos bendecidos cuando somos atacados o ridiculizados por nuestra fe: somos candidatos al reino de los cielos.

Conclusión:

“Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos”. La recompensa que nos espera es mayor a cualquier situación que podamos atravesar en esta tierra. Jesús no nos promete una vida sin lágrimas, sin dolor y sin esfuerzo. Al contrario, él nos promete estar con nosotros en toda circunstancia. Vendrán quebrantos, vendrán aflicciones, vendrán momentos difíciles. Tendremos que luchar por tomar nuestro lugar e identificarnos con el reino de los cielos. Se dirán cosas

de nosotros, nos insultarán y aun mentirán acerca de nuestra conducta. Pero si en todas estas situaciones podemos mantenernos íntegros, sirviendo a Dios con alegría, con entereza, sin dar lugar a la amargura en nuestro corazón, aprenderemos a vivir en la plenitud del reino de los cielos y entenderemos el propósito para el cual fuimos creados.

Clase 3

NUESTRA FUNCIÓN EN LA TIERRA

Llamados a ser sal

*“Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada?
No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres”
Mateo 5:13*

La sal es un ingrediente fundamental en nuestras comidas diarias. Aquellos que, por prescripción médica, debieron abandonarla, tuvieron que hacer un esfuerzo para adaptarse a su nueva alimentación, porque fue un cambio brusco que, por lo general, no es bien aceptado. La sal da sabor a las comidas, cambia por completo el sabor de un plato, realza el sabor de los demás ingredientes.

La sal produce un cambio. Cuando la sal entra en la olla, produce un cambio de sabor. Jesús nos dice que nosotros somos la sal de la tierra; nos está diciendo entonces que estamos en la tierra *para producir un cambio*. Hemos sido llamados a producir un cambio en el entorno en el que nos toca vivir. Sea en nuestra familia, en nuestro lugar de trabajo, de estudio, o en la ciudad en que vivimos, estamos llamados a producir cambios.

Vivimos en una sociedad que se adapta fácilmente a las imposiciones del medio. Las minorías se atreven a levantarse para reclamar por sus derechos o para protestar acerca de alguna imposición de parte del gobierno, la política, o la sociedad misma. Pero Dios no nos ha llamado ni a adaptarnos, ni a quejarnos o reclamar; él nos ha llamado a *provocar* el cambio, a no conformarnos con que las cosas se den de la manera en que están establecidas. Jesús no se conformó; sabía que estaba en la tierra para producir cambios. Su mensaje fue una continua confrontación contra lo que estaba

establecido, al punto tal que, en más de una oportunidad, despertó la ira en las autoridades, por traer nuevos parámetros en cuanto al modo de proceder y de manejarse en la vida. Nuestra meta debe ser producir cambios. No conformarnos a que las cosas estén dadas de la manera en que lo están. Proponernos cambiar nuestro entorno, cambiar nuestras familias, cambiar nuestra sociedad, estableciendo el reino de Dios en nuestro medio.

La sal se hace notoria. Cuando nos excedemos en la sal que agregamos a la comida, lo notamos, y mucho. Como hijos de Dios, no podemos pasar desapercibidos; se tiene que notar que estamos allí. Se tiene que notar que pensamos diferente, que hablamos diferente, que actuamos diferente. No debemos ceder ante la presión del medio que nos lleva a querer ser igual a los demás. No debemos tener temor de marcar la diferencia, de plantear nuestros puntos de vista, de dejar establecido que no practicamos ni pensamos las mismas cosas. No debemos tener temor o vergüenza de compartir nuestras convicciones. Debemos mostrar con nuestra vida y nuestro ejemplo que tenemos un estilo superior de vida, porque seguimos a un Referente que nos ha enseñado cómo vivir, y ese Referente es Jesús.

La sal produce sed. Cuando hemos comido una comida muy salada, seguramente estemos todo el resto del día con sed. Espiritualmente hablando, esa es la función que nosotros debemos cumplir en nuestro entorno: *provocar sed de Dios en los demás*. La gente debe anhelar lo que nosotros tenemos. La gente debe querer ser como nosotros. Debemos provocar en la gente sed de Dios, con nuestra vida, con nuestro ejemplo. El caminar a la manera de Jesús nos va a llevar a vivir la plenitud del reino de los cielos. Viviremos en bendición, iremos de victoria en victoria y de triunfo en triunfo. Así, todo el que nos vea querrá ser como nosotros, querrá tener lo que nosotros tenemos; tocarán a nuestra puerta para preguntarnos cómo lo hicimos, cómo logramos lo que hemos logrado, cómo podemos tener paz en medio de un mundo tan inestable y convulsionado, cómo podemos tener seguridad frente a un futuro que se muestra tan inseguro. Eso se llama *sed*. Debemos alcanzar un estilo de vida tal que provoque que, quienes nos rodean, quieran tener lo mismo que nosotros.

La sal preserva la integridad de los alimentos. La sal impide que ciertos alimentos se pudran. Alimentos como embutidos y cortes de carnes se cubren

con sal, para impedir que se descompongan con el tiempo. De la misma manera, cada uno de nosotros está puesto en la tierra para impedir que esta llegue al grado máximo de putrefacción. A nuestro alrededor, el pecado abunda. Los vicios, las malas costumbres, la degeneración van en aumento. Es la Iglesia, son los hijos de Dios, quienes deben regular el nivel de moral de una sociedad. Somos los hijos de Dios los llamados a poner límites, a poner un freno al avance de las obras de maldad entre nosotros, marcando la diferencia, diciendo “*Basta*”, negándonos a practicar los mismos hábitos, a caer en las mismas costumbres, será la manera en que evitaremos que la sociedad se degenere al punto extremo.

Conclusión:

La palabra en la boca de Jesús es dura: “*Si la sal se desvaneciere, no sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres*”. Estamos en la tierra para cumplir una función preponderante, no para confundirnos con el medio. Si no cumplimos la función para la cual Dios nos ha llamado, tan duro como Jesús lo dice: *no servimos*. Vivimos en un tiempo difícil, en el que Dios nos llama a marcar la diferencia en todo ámbito en el que nos encontremos; pero no viviendo una vida religiosa de normas y reglas difíciles de cumplir para mostrar que somos diferentes, sino teniendo una vida limpia, una vida íntegra, dejar de hacer lo malo que vemos hacer a otros, abandonando la mentira, el doble mensaje, el doble sentido, procurando agradar al Padre, por sobre todas las cosas, pero buscando también ser un testimonio y un ejemplo para quienes nos observan a diario. De esta manera, estaremos siendo lo que hemos sido llamados a ser: *la sal de la tierra*.

Clase 4

NUESTRA RESPONSABILIDAD

Llamados a ser luz

“Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”

Mateo 5: 14-16

Hay una responsabilidad que tenemos como hijos de Dios, y es la de ser la luz del mundo; un mundo en el que reinan las tinieblas y la oscuridad, un mundo en el que la maldad va en aumento, donde la inseguridad gobierna sobre ricos y pobres, y el futuro se presenta cada vez más incierto. Quienes profesamos tener a Jesús habitando en nuestro corazón, nos vemos en la obligación de ser un faro que alumbre en medio de las tinieblas de este siglo.

La luz no se puede esconder. Por mucho que uno lo intente, la luz no se puede ocultar. Una pequeña luz, por insignificante que sea, corta con la oscuridad, por más profunda que sea. Nuestra presencia debe ser vista, no podemos pasar desapercibidos. Cuando estamos en un lugar, todo nuestro entorno tiene que saber que estamos allí. No porque hagamos cosas para llamar la atención, ni porque nos esforcemos en hacer que nos miren, sino simplemente porque tenemos algo diferente que hace que los ojos y los oídos se posen en nosotros. Y es que la luz llama la atención; la luz anuncia que algo cambió en el ambiente; la luz marca un antes y un después en un entorno en donde antes reinaba la oscuridad. Lo mismo debe producir nuestra presencia en un lugar en el que antes Cristo no estaba presente; un nuevo comienzo debe venir para ese sitio, para esas personas, para ese entorno. Un nuevo comienzo que lleve a otros a encontrar a Jesús, y a que

puedan hacerlo a través de nuestras propias vidas, gracias a nuestro proceder, a nuestro testimonio, y a nuestra forma de conducirnos completamente diferente a la de las personas que no tienen a Dios.

La luz nos permite ver con mayor claridad. La luz es imprescindible para ver mejor en todo lugar y en todos los ambientes. Cuando la noche cae y el sol se pone sobre el horizonte, será siempre necesario comenzar a encender luces que nos ayuden a ver con mayor claridad los lugares por donde nos movemos. Este mundo inmerso en tinieblas necesita de luces que le marquen el camino por el cual seguir. Somos nosotros, con nuestras decisiones, quienes determinamos hacia dónde otros podrán ir, de manera que les sea más sencillo alcanzar sus objetivos. Debemos conducirnos de tal manera que otros puedan decidir imitarnos y moverse como nosotros nos movemos. Debemos ser ese faro que alumbre para poder delinear el camino que otros aún no han podido ver con claridad.

Nuestra luz son nuestras buenas obras. Cuando Jesús habla de *buenas obras*, está hablando acerca de nuestras buenas decisiones. Cada día de nuestra vida, decidimos. Decidimos qué vestir, qué comer, qué camino tomar para dirigirnos a determinado lugar... Cada día decidimos también el tipo de persona queremos ser; para con nuestros seres queridos, para con las personas con las que nos relacionamos a diario, para con nuestros semejantes... Cada día decidimos. Decidimos cómo queremos conducirnos en la vida; decidimos qué cosas vamos a aprobar y qué cosas vamos a condenar. Decidimos qué hábitos vamos a incorporar y que hábitos vamos a descartar. Decidimos a quién vamos a imitar, a quién vamos a obedecer y de quién vamos a elegir alejarnos. Somos luz cuando decidimos imitar a Cristo; cuando decidimos movernos como él se movió, cuando decidimos obedecer a su voz y seguir sus enseñanzas. Cuando el mundo nos mire, debe encontrarse con una luz que le marque el camino a seguir y le motive a imitar nuestras pisadas.

Conclusión:

Hablar de *buenas obras* no es hablar de *caridad* ni de una *conducta religiosa* que nos haga parecer seres salidos de otra galaxia. Hablar de *buenas obras* es

hablar de las decisiones y las elecciones correctas, que nos lleven a tener los mejores resultados en todo lo que hagamos. Esto será lo que verdaderamente muestre a otros que somos hijos de Dios, que tenemos a Jesús habitando en nuestro corazón. Esto será lo que nos convierta en esos faros que alumbren a toda una generación, de manera que el mundo pueda saber por dónde andar, qué caminos tomar y cómo llegar a convertirse, a su vez, en hijos de Dios también.

El mundo está cansado de escuchar hablar a las personas de cosas que luego no viven ni practican. El mundo necesita ver en nosotros ejemplos, referentes a quienes seguir, personas que marquen el camino a cada paso que den. Es la responsabilidad que tenemos como hijos de Dios frente a la generación en la cual nos encontramos.

Recordemos: no basta con decir que creemos en Jesús; debemos procurar andar como él anduvo.

Clase 5

LA IMPORTANCIA DE NUESTROS ACTOS

Llamados a obedecer y seguir el consejo

*“No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas;
no he venido para abrogar, sino para cumplir.*

*Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra,
ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido.*

*De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños,
y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos;
mas cualquiera que los haga y los enseñe, este será llamado grande en el reino
de los cielos. Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor
que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos”*

Mateo 5: 17-20

Jesús vino a traer al mundo una verdadera Reforma. Miles de años atrás, Dios había dado la ley a Moisés para lograr, de alguna manera, traer orden al pueblo, llevándole a actuar de manera pacífica, los unos con los otros, procurando traer soluciones a los conflictos que pudiesen surgir y prometiendo ciertos *castigos* si acaso alguien decidía hacer lo incorrecto. El espíritu de la ley era la paz y la armonía, cosas difíciles de lograr en medio de un pueblo tan pasional y gobernado por las emociones como lo era Israel.

Cuando Jesús vino a la tierra, luego de llevar adelante el plan de salvación para que el hombre fuera salvo, su objetivo principal era lograr que los hombres entendieran el espíritu de la ley; lograr que los hombres comprendieran que el objetivo de la ley no era traer muerte, ni juicio, ni condenación, sino todo lo contrario; el objetivo de la ley era que el hombre comprendiese que debía tener en alta estima a su prójimo, a su hermano, a su compañero, y procurar de esta manera su bienestar, tanto como el propio.

Es por eso que, en este pasaje, le encontramos explicando que su intención no era, precisamente, abrogar, anular la ley dada por Dios a Israel, sino lo opuesto: Jesús quería enseñarles a cumplirla, poniendo el amor como vínculo principal en medio de las relaciones humanas, demostrándoles que, en amor y a través del amor, el cumplimiento de la ley de Dios podía ser una realidad.

Hemos sido llamados a obedecer y a seguir el consejo de la Palabra de Dios. Como mencionamos, la Reforma que Jesús vino a traer no tenía nada con ver con cambiar cláusulas o reglas que ya estaban estipuladas; la Reforma que Jesús venía a traer tenía que ver con cambiar conceptos y puntos de vista acerca de las cuestiones relacionadas con el comportamiento de las personas. Jesús en ningún momento mencionó que los mandamientos enseñados por Moisés estuviesen viejos o pasados de moda; por el contrario, Jesús ratificó esos mandamientos mediante su enseñanza acerca de que el amor no hace mal al prójimo, y de que el cumplimiento de la ley es el amor, como más tarde también el apóstol Pablo lo menciona en sus cartas. Hemos sido llamados a obedecer a su Palabra, y a cada uno de los mandamientos que encontramos en ella; y aunque muchas veces a nuestra carne y a nuestra humanidad le sea difícil sujetarse a los consejos que la Biblia nos brinda, lo importante que debemos de tener en cuenta es que, si permitimos que el amor de Dios nos llene y nos invada por completo, aquellos consejos y mandamientos serán mucho más accesibles y fáciles de poner por obra, porque no lo haremos por obligación ni por imposición, sino por una reacción inconsciente producida por el mismo amor y la misma presencia que llena nuestro corazón. Nadie puede dar lo que no tiene; de manera que, si estamos llenos de Dios, solo podremos dar a otros el mismo amor que le caracteriza a él.

Hemos sido llamados vivir en la justicia. Hay una verdad que no podemos pasar por alto y es que, si no vivimos a diario en la justicia de Dios, no habremos de entrar al Reino de los cielos, como Jesús mismo lo enseña y lo advierte.

No estamos en esta tierra para competir con nuestros hermanos por ver quién hace las cosas mejor. No estamos en este mundo para *ganarnos* mediante nuestros méritos, un lugar junto a Dios en la eternidad. Por el contrario, el tiempo que tenemos en la tierra es el tiempo que tenemos para

tomar las decisiones necesarias que nos lleven a pasar nuestra eternidad junto a él, o no. Todo depende de nosotros. No podremos culpar o responsabilizar a nadie de las decisiones que no pudimos tomar.

Nuestra justicia no depende de nuestro hermano, ni de nuestro cónyuge, ni de nuestros vecinos, ni siquiera del pastor de la iglesia en la que nos estemos congregando. Nuestra justicia depende pura y exclusivamente de nosotros mismos. De nuestras elecciones diarias; de las decisiones que tomemos cada día delante del Señor. Por tal razón, nos corresponde a nosotros conocer la Palabra de Dios, conocer sus mandamientos, sus consejos y sus enseñanzas y procurar aplicarlos, a diario, en todas y cada una de las áreas de nuestra vida, independientemente de lo que otros puedan hacer o dejar de hacer. Cuando estemos delante de Dios, no podremos argumentar que nuestro esposo o nuestra esposa no tomaba las decisiones correctas y que, por esa causa, no lo hicimos tampoco nosotros. La salvación es totalmente personal, así como lo son la justicia, la santidad y la integridad en las que elijamos conducirnos.

Conclusión:

El Evangelio de Cristo no consiste en cumplir con leyes y requisitos, sino en poner a Dios en primer lugar, y sus palabras y mandamientos para nuestras vidas, abriendo nuestro corazón a su presencia y permitiendo que él nos llene por completo y nos lleve a ser cada día más como él.

Clase 6

LO QUE EL PADRE ESPERA DE NOSOTROS

Llamados a ocuparnos primeramente de nosotros mismos

“Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga:

Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego.

Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda.

Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, entre tanto que estás con él en el camino, no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas echado en la cárcel. De cierto te digo que no saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante”

Mateo 5: 21-26

Jesús vino a traer al mundo una verdadera Reforma. En reiteradas ocasiones, en medio de su enseñanza, Jesús repite las palabras: *“Oísteis que fue dicho... Pero yo os digo...”*. Jesús vino a cambiar las cosas, ya que estas no estaban funcionando como se suponía debían funcionar.

Jesús quería hacerles entender que el problema no estaba fuera, sino dentro de ellos. El mandamiento entregado por Dios a Moisés rezaba: *“No matarás”*, y el acto que se condenaba a través de la Ley Mosaica era el homicidio; sin embargo, Jesús extremó la cuestión al punto de condenar aun un simple enojo, un insulto, un agravio en contra de otra persona.

Lo que Cristo quiere que entendamos es que el problema no es el otro, por su carácter, por su mal genio, por su mal humor, o por lo que pueda

habernos hecho que provocó nuestro disgusto; lo que Cristo quiere que entendamos es que el verdadero problema es, precisamente, que en nuestro corazón haya lugar para ese disgusto. Si nos enojamos, es porque el enojo encontró lugar dentro nuestro. Si nos molestamos con el hermano, es porque en nuestro interior hay cabida para ese malestar en contra de otro hijo de Dios. Independientemente de que se nos hayan otorgado razones para tomar una postura hostil, no es el otro el culpable por lo que nosotros sentimos dentro, sino que es nuestra responsabilidad procurar agradar al Padre en cada paso que damos, resolviendo los conflictos internos que puedan robarnos la paz.

Cuando aprendamos a trabajar primeramente en nosotros, en nuestros sentimientos humanos, en nuestras pasiones carnales que muchas veces nos llevan a perder relaciones y a tener grandes diferencias con quienes nos rodean, podremos experimentar una victoria personal que hará que cada día podamos parecernos más a Cristo, reflejando su naturaleza divina en nosotros mismos.

Jesús quería hacerles entender que no podían presentarse delante de Dios si primero no habían resuelto las diferencias con los hermanos. No podemos pretender recibir de parte de Dios algo que aún no hemos otorgado nosotros a otros. Todos nos equivocamos, pecamos, cometemos errores y, al momento de presentarnos delante del Padre, todos deseamos ser perdonados por nuestras falencias. Pero cuando se trata de tener que perdonar a alguien que nos ha ofendido, herido o agraviado, levantamos barreras que imposibilitan que podamos saldar la deuda de quien se ha portado mal con nosotros. Como fue dicho, no podemos pedir a Dios algo que nosotros mismos no estamos dispuestos a otorgar; para venir delante de la presencia de Dios en oración, adoración y entrega, será requisito fundamental que, primeramente, busquemos al hermano con quien tenemos alguna diferencia y lleguemos a un acuerdo referido al tema en cuestión, perdonando lo que se nos pueda haber hecho y pidiendo perdón, en caso de que hayamos sido nosotros quienes causamos el daño.

Jesús quería hacerles entender que recibir la aprobación de Dios no dependía de nadie más que de ellos mismos. Todos somos tendientes a buscar culpables sobre quienes echar la carga de nuestros propios errores. Como si fuese una competencia, vivimos comparándonos, unos con otros,

por ver si logramos obtener alguna ventaja que nos signifique ocupar un mejor puesto, dejándonos así mejor parados. En lo posible, si podemos arrojar lodo sobre alguien que no está caminando conforme a lo que nosotros creemos correcto, no desaprovechamos la oportunidad, sabiendo que eso ha de generarnos mayores posibilidades de alcanzar nuestro cometido. Pero no se manejan así las cosas en el Reino de los Cielos. En el Reino de los Cielos el perdón y el amor al prójimo son la base de todas las relaciones. En el Reino de los Cielos, la prioridad es ocuparse de uno mismo, no solamente para obtener bendición y bienestar, sino también para aplicar los cambios que sean necesarios con tal de convertirnos en los hijos que Dios espera que nosotros seamos.

Conclusión:

Cristo vino a enseñar a los hombres una nueva forma de ver las cosas: la forma de ver las cosas del Padre que nos creó. Nuestra responsabilidad como hijos de Dios es el tomar cada enseñanza y cada consejo dado por Jesús, para lograr caminar como él espera que nosotros caminemos, agradándole en todos nuestros caminos y siendo fieles a lo que hemos entendido de parte de él.

Clase 7

DÓNDE RADICA EL PECADO DEL HOMBRE

El problema no está fuera, sino dentro de nosotros

“Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón.

*Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti;
pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros,
y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno.*

*Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti;
pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros,
y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno”*

Mateo 5: 27-30

A muchos de nosotros, las enseñanzas de Jesús pueden parecernos un tanto exageradas, ya que pensar en que, con tan solamente codiciar a una mujer en el corazón, sin que nadie más se entere de lo que sucede en nuestro pensamiento o en nuestra imaginación, es ya considerado un acto de adulterio delante de Dios, nos hace pensar que llegar a agradarle en todos nuestros caminos puede llegar a ser una meta demasiado difícil de lograr o alcanzar. Asimismo, pensar en arrancarnos la parte de nuestro cuerpo que nos pueda significar, como dice Jesús, *ocasión de caer*, nos puede sonar a fanatismo religioso, a pensamiento sectario, a consejo malsano que jamás podría traernos buenas consecuencias en nuestra vida y en nuestras relaciones. Lo cierto es que la intención de Jesús al momento de expresar estas palabras no tiene que ver con extremismos propios de personas cautivadas por corrientes de enseñanza basadas en el misticismo o en la superstición, sino todo lo contrario: las palabras de Jesús intentan llevarnos a entender la gravedad y la magnitud de la ofensa que causamos al carácter

santo de Dios cada vez que damos lugar al pecado en nuestra propia vida, sea a través de nuestros miembros, como de nuestro pensamiento en sí.

En esta clase, habremos de analizar la importancia que tiene para Dios que podamos convertirnos en personas que anhelan y desean agradecerle en todos sus caminos.

Jesús quería hacerles entender que el pecado no es en sí el hecho consumado, sino la intención que brota desde el corazón y el interior de una persona. La religión nos ha enseñado que debemos *portarnos bien* para agradar a Dios en todo, poniendo especial énfasis en nuestros actos y en nuestro comportamiento delante de la gente, enfocados en el objetivo de *tener un testimonio intachable*, de manera que nadie tenga nada que decir de nosotros, aunque está comprobado, y aun a través de los siglos, que muchos hombres y mujeres de Dios que se han esforzado por mantener su buena reputación frente al resto de las personas, han sido también protagonistas de una doble vida, viviendo en su intimidad de manera hipócrita, dando rienda suelta a sus pasiones *de puertas adentro*, ocultos de las miradas y de los juicios de alguien más. Muchos de nosotros hemos aprobado la conducta de muchos hijos de Dios que nos han mostrado una apariencia de santidad, de limpieza, de rectitud, ignorando que en sus corazones se escondían pecados terribles ante los ojos de Dios, a los cuales su perversidad no dudaba en alimentar. Las palabras aparentemente *exageradas* de Jesús pretenden llevarnos a comprender que, cuando hablamos de *pecado*, no estamos hablando del hecho consumado en sí mismo, sino de la intención escondida en el corazón, aquella que nadie más puede ver ni conocer, excepto nosotros mismos y Dios. Las palabras de Jesús pretenden llevarnos a entender que el concepto de *santidad* no tiene que ver con *portarnos bien* delante de la gente, sino con buscar y procurar a diario tener un corazón limpio delante de Dios, enfocándonos en arrancar de nuestro interior todo aquello que pueda llegar a ofender su naturaleza sacrosanta y lo que pueda significar una motivación para llevarnos a cometer después cualquier tipo de acto contrario a la voluntad y al deseo de Dios para con sus hijos; obviamente, los resultados se verán reflejados en todos nuestros caminos y en nuestro diario andar. De esta manera, el pensamiento de agradecer al Padre en todo lo que somos y en todo lo que hacemos no se torna un objetivo inalcanzable sino, por el contrario, nos coloca frente a una realidad totalmente accesible delante de Dios, ya que

su gracia y su Espíritu Santo están para auxiliarnos cuando nuestra fuerza humana y carnal no sea suficiente para lograrlo.

Jesús quería hacerles entender que la prioridad era procurar mantener la santidad a costa de lo que fuera. Las palabras de Jesús acerca de arrancarse un miembro del cuerpo que nos estuviese motivando a pecar, tienen que ver con la importancia de que podamos aprender a desear de todo nuestro corazón agradar a Dios en todo, comprendiendo que no hay nada más importante que enfocarnos en evitar el pecado que quiera brotar de nuestro corazón. Como seres humanos, siempre nuestra naturaleza carnal va a querer llevarnos a actuar de manera contraria a la voluntad de Dios para nosotros y, a la gran mayoría, nos puede llegar a parecer imposible contener los impulsos que nos dictan nuestras pasiones. Pero debemos saber que ese mismo Jesús que pronunció las palabras que estamos analizando fue el que descendió del cielo para vivir como un hombre común, con las mismas debilidades y flaquezas que el hombre tiene hoy; Jesús debió luchar contra las mismas tentaciones y ofertas que vienen al hombre hoy; pero Jesús, enfocado en su misión y en el objetivo que debía alcanzar de mantenerse santo e íntegro para llegar a la cruz sin mancha, ni defecto, para poder cumplir así con su tarea de entregar su vida para la salvación de los hombres, atravesó su humanidad tomando a cada paso las decisiones correctas que le llevaran a vivir su vida libre de pecado, y de todo aquello que significara un desliz que pudiese ser un impedimento para cumplir con la responsabilidad que pesaba sobre sus hombros. Y la gran noticia que tenemos hoy y que podemos celebrar es que, si él pudo, nosotros también podemos. Si Jesús pudo vivir su vida libre de pecado y de todo tipo de contaminación, nosotros también podemos lograrlo, ya que estamos hechos del mismo material y de la misma naturaleza que él, y estamos rodeados de los mismos ambientes pecaminosos que le rodearon a él. Jesús pudo vencer todo tipo de tentaciones y ofertas porque se mantuvo enfocado en no dar lugar a nada que pudiese contaminarle u ofender al Padre. Sin dudas, debió luchar con la naturaleza humana para lograr vencerse a sí mismo en más de una oportunidad, pero por nada se permitió desviarse de la meta de agradar y complacer a Dios en todo. Aprendiendo de su ejemplo e imitando su forma de conducirse en relación con el pecado y con lo que quiera venir a estorbar nuestra comunión con Dios, seremos capaces de lograr una gran victoria que nos convertirá, a su vez, en un ejemplo para quienes están a nuestro alrededor.

Conclusión:

Vivir en santidad y en integridad delante de Dios no es un objetivo demasiado alto o difícil de lograr; bastará con proponer en nuestro corazón estar enfocados en llevar adelante una vida conforme a la que el Padre espera de cada uno de sus hijos: una vida como la que Jesús mismo vino a mostrarnos con su ejemplo.

Clase 8

JESÚS HABLANDO ACERCA DEL DIVORCIO

El problema de los “parches” humanos

“También fue dicho: Cualquiera que repudie a su mujer, dele carta de divorcio. Pero yo os digo que el que repudia a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hace que ella adultere; y el que se casa con la repudiada, comete adulterio”

Mateo 5: 31-32

En los tiempos en que vivimos, esta palabra suele no ser muy bien aceptada, ya que lo que está de moda es anular un matrimonio ante la primera dificultad que se presenta, sin tener en cuenta lo que Dios pueda opinar al respecto. El hecho de formar pareja y de comprometerse con alguien para formar una familia es tomado tan livianamente, que el día en que decidimos deshacer nuestro compromiso, considerando que *se cumplió una etapa, que no funcionó, que se terminó el amor*, y tantas de las razones por las cuales decidimos llegar al divorcio, ni siquiera tenemos en cuenta las consecuencias que tal decisión acarreará, consecuencias de las que, mayormente, son los hijos habidos en común los que saldrán primeramente perjudicados.

Al hablar acerca del divorcio, Jesús no quería decir que uno debe permanecer casado sin tener en cuenta situaciones que puedan haberse presentado y que puedan estar siendo hasta insostenibles dentro del matrimonio; más bien está queriendo hacer comprender a los hombres que uno debe pensar y examinar bien las decisiones antes de tomarlas, precisamente por las consecuencias que ellas habrán de traer, y porque luego, obviamente, ya no habrá *marcha atrás*.

Jesús quería hacerles entender que en Dios las cosas siempre pueden tener solución. Cualquier situación, por difícil que sea, en Dios puede encontrar una salida. Las relaciones entre las personas suelen no ser fáciles de llevar, y el matrimonio no está excluido de esta realidad. Cuando uno se casa, lo hace lleno de ilusiones, de sueños, de planes, de proyectos, creyendo que ha de alcanzar todo lo que ha anhelado de la mano de la persona amada. Pero suele suceder, en algunos casos, que la rutina diaria, el trabajo, las crisis externas, la situación económica, y otros factores, van desgastando la relación debido a que, por las preocupaciones y la tensión que se vive a causa de ellos, comienzan los pleitos, los desacuerdos, las discusiones, etc. La persona que una vez fue el ideal de hombre o de mujer con quien habíamos soñado toda nuestra vida, de repente llega a convertirse en un enemigo al que nos cuesta mucho saludar por la mañana o con quien se nos hace difícil compartir la cama por las noches. Y entre ambos va generándose un vacío que solo acrecienta la distancia, fortalecido por la falta de comunicación, terminando por perderse el interés de seguir estando juntos. Situaciones como estas suelen llevar a uno de los cónyuges a buscar un *cable a tierra* que le permita descargar las tensiones vividas en el hogar, y es cuando aparece algún *tercero* que no pertenece a ese sitio, pero que *alivia* los males que a diario hay que vivir. En otros casos, y los más graves y preocupantes, es la violencia la que toma partido, y las tensiones acumuladas se descargan primeramente a través de gritos e insultos humillantes, para terminar en algún momento en golpes asestados en la búsqueda de volcar sobre el otro la impotencia y la ira contenidas por no haber sabido hablar civilizadamente al respecto.

Existe una verdad que debe llevarnos a reflexionar, y es que el desorden siempre traerá como resultado más desorden. Cuando las cosas no están funcionando correctamente, lo que debe buscarse no son las cosas que el otro hace mal para culparle por la situación, sino todo lo contrario: lo que hay que buscar son las causas que llevaron a la pareja a estar como está, sea la falta de comunicación, la falta de tiempo libre para compartir juntos, la falta de tiempo para invertir en la búsqueda de los sueños que alguna vez se habían propuesto alcanzar, etc.; y una vez encontradas esas causas, poder tener la actitud positiva de reconocer los aspectos en los que cada uno no estuvo aportando para mantener a través del tiempo la relación en forma sana y segura. En Dios las cosas tienen solución, no porque él pueda hacer un milagro que nos solucione la vida de un momento para otro, sino porque él pretende enseñarnos a resolver todas nuestras cuestiones, llevándonos

primeramente a entender en cuáles cosas nosotros hemos estado fallando, antes de buscar los responsables en algún otro lugar.

Jesús quería hacerles entender que las consecuencias podían ser graves. Por tal razón, les hablaba del adulterio, uno de los pecados más ofensivos en la Ley de Moisés. Y es que muchas veces, al buscar una solución rápida a la situación que podamos estar atravesando, no tenemos en cuenta las consecuencias que esa aparente solución nos pueda traer. Generalmente, y como decíamos antes, los niños son los principales perjudicados al momento de tener que afrontar la destrucción de una familia. Por eso, el Señor lo que quiere es que aprendamos a pensar coherentemente antes de tomar decisiones. A pensar en todas las opciones y alternativas que tenemos a la mano, no solamente procurando buscar la que más le agrade o le complazca a Él, sino también buscando lo que sea más beneficioso para todas las personas que se vean involucradas. El Señor quiere enseñarnos a resolver nuestros conflictos no de forma emocional, dejándonos llevar por las pasiones, dando rienda suelta a los sentimientos que pretenden ganar a la razón, sino de forma racional, pensando cuidadosamente en lo que vamos a hacer, poniendo sobre la balanza los pros y los contras en cada alternativa y, por sobre todas las cosas, teniendo la disposición a permitir que sea Él mismo quien intervenga para darnos la oportunidad de volver a empezar.

Cuando la solución es imposible de encontrar. Esto sucede cuando una de ambas partes no está dispuesta a colaborar y, como el mismo Jesús lo aclara, hay ocasiones en que el divorcio debe ser ejecutado, debido a que no se pudo llegar a un acuerdo mejor. Jesús menciona el caso de fornicación, es decir, cuando ha habido una relación extramatrimonial y el cónyuge no está dispuesto a romper con ella. Cuando hay violencia física, como decíamos anteriormente, es obvio que el Señor no va a pretender que soportemos abusos y maltratos, si la persona no tiene deseos de dejarse ayudar. Cuando el cónyuge ha elegido malos caminos en los que puede verse perjudicada toda la familia, como malos negocios, tráfico o venta de sustancias prohibidas, delincuencia, etc. En casos así, cuando una de las partes está determinada a llevar una vida íntegra delante de Dios y la otra parte no está interesada, es importante saber que el Señor aprueba que se anteponga el bienestar físico, emocional y espiritual, tanto de uno de los cónyuges, como de los niños que se puedan estar criando en tal ambiente.

Conclusión:

Sobre este tema habría mucho para hablar y desarrollar, y seguramente surjan preguntas y cuestionamientos que necesiten una respuesta más específica para tratar de encontrar la mejor solución al conflicto que se pueda estar atravesando. Lo bueno siempre será tratar de buscar ayuda, para no ahogarnos en la soledad de no saber qué hacer con las situaciones que nos toca vivir. Como sea, lo importante es saber y tener en claro que el mismo Dios que diseñó y estableció el modelo de familia, es quien estará dispuesto a intervenir en todo lo que sea necesario con tal de salvar una de ellas.

Clase 9

LA IMPORTANCIA DE LA HONESTIDAD AL HABLAR

Cuando jurar ya no es necesario

“Además habéis oído que fue dicho a los antiguos: No perjurarás, sino cumplirás al Señor tus juramentos. Pero yo os digo: No juréis en ninguna manera; ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey.

Ni por tu cabeza jurarás, porque no puedes hacer blanco o negro un solo cabello. Pero sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no; porque lo que es más de esto, de mal procede”
Mateo 5: 33-37

Esta es una palabra muy conocida y que, en muchos lugares, se ha tomado como mandamiento de parte de Dios: *elno jurar*. Es muy común entre las personas utilizar juramentos cuando se habla, tanto de cosas vanas, como de cosas importantes: *“Te lo juro por Dios”*; *“Te lo juro por mi madre”*; *“Te lo juro por mis hijos”*. Muchas personas, habiendo oído que *no hay que jurar*, tratan de eliminar de su vocabulario esta expresión, reemplazándola por *“Te lo prometo”*, como si esto cambiase en sí el significado de lo que se está diciendo. Lo cierto es que cuando el Señor habló estas palabras, no se estaba refiriendo al hecho de utilizar o no la expresión *jurar*, sino de la importancia de que ya no tenga que ser necesario que usemos esa expresión, debido a nuestra honestidad y a la credibilidad de nuestras palabras. Podemos no usar la expresión *“Te lo juro”*, y podemos no usar la expresión *“Te lo prometo”*, y reemplazarlas por *“Te lo digo delante de Dios”*, o *“Que te lo diga tal persona si miento”*, pero todas estas expresiones, tanto *la que se puede decir, como la que no solo demuestran que no somos creíbles, y que necesitamos de algo o alguien más que avale nuestras declaraciones. Por eso, es importante que entendamos la Palabra del Señor con la intención con la que él la dijo: comprender la*

importancia de nuestra honestidad al hablar, y que la gente pueda conocernos como personas que siempre hablan verdad, sin necesidad de interponer juramentos o testigos que confirmen nuestros dichos.

Jesús va un poco más allá de la enseñanza de los antiguos. Los antiguos enseñaban que no había que *perjurar*, que significa: *jurar en falso, jurar sabiendo que no vamos a cumplir con lo que hemos jurado, incumplir el juramento que hemos hecho*. Jesús va un poco más allá, y nos dice que en realidad lo ideal sería que no tuviésemos que jurar nunca, por nada; ni por el cielo, ni por Dios, ni por nada sagrado, ni aun por nuestras propias cabezas, debido a que interponer un juramento compromete a la parte que estamos involucrando. Un juramento es una promesa o una declaración de hechos para las cuales invocamos como testigo a algo o a alguien, comprometiendo a esta parte a que confirme nuestras declaraciones y, si estas no llegan a ser del todo ciertas, estamos utilizando en vano el nombre de Dios, en el caso en que hayamos jurado por él, o estamos haciendo partícipe de una mentira o una media verdad a quien tal vez ni siquiera está en condiciones de decir que no es verdad lo que estamos diciendo. En el tiempo antiguo, la sinceridad y honestidad entre los hombres era tal, que los juramentos no eran necesarios; estos comenzaron a usarse cuando los hombres comenzaron a utilizar el engaño entre ellos. Por tal motivo, cuando Jesús nos está diciendo que nos conviene, en realidad, no jurar por nada ni por nadie, nos está diciendo que lo ideal sería que nuestro hablar fuera tan honesto y tan sincero que la gente pudiese creer a nuestras palabras sin tener la necesidad de invocar o involucrar a nadie más en nuestras declaraciones. Que nuestro hablar fuera *Sí* y *No*, y con eso bastase para que todos supiesen que estamos hablando verdad.

“Lo que es más de esto, de mal procede”. Esta expresión corrobora lo que mencionábamos anteriormente acerca de una persona que necesita involucrar a alguien más como testigo. El hecho de tener que interponer juramento, promesa, o el consejo de consultar a alguien que confirme nuestras palabras, ya está demostrando al otro que no somos creíbles, que en nosotros no se puede confiar, que siempre que digamos algo van a tener que necesitar a alguien que dé fe de que dijimos la verdad.

Hay una obra de transformación interior que el Espíritu Santo quiere hacer en cada uno de nosotros. Esa obra tiene que ver con la remoción de

toda raíz de pecado, de todo atisbo de naturaleza carnal y pecaminosa que quiera asomar en nuestro corazón. Esa obra tiene que ver con que lleguemos a ser completamente libres de todo lo que quiera llevarnos a actuar de manera contraria a la voluntad de Dios para nuestras vidas. La mentira es un pecado que se arraiga en lo profundo de nuestro espíritu, queriendo llevarnos siempre a actuar en contra del deseo de Dios para nosotros. Por tal motivo, es necesario que entendamos que la mentira no es una aliada con la que podemos contar para *salir del paso* las veces que sea necesario, sino que la mentira es una enemiga que busca nuestra caída y nuestra destrucción, y no debemos tener misericordia de ella. Para erradicarla de nuestra alma, será importante que la *denunciemos*, no tratando de luchar solos en su contra, sino buscando a quien pueda ayudarnos a luchar en contra de ella, alguien que pueda orar por nosotros y ministrarnos, pidiéndole a Dios que nos libre de este enemigo que quiere destruir todo lo que somos. A través de nuestra actitud, el Señor ha de comprender que verdaderamente estamos interesados en caminar de la manera que a él le agrada, que estamos interesados en cumplir con su voluntad, aplicando su Palabra a cada uno de nuestros caminos, y él mismo intervendrá en nuestro interior haciendo esa obra de liberación que cambiará por completo nuestra forma de ser y nuestra forma de ver las cosas, llevándonos a ser personas honestas, sinceras, genuinas, a quienes todos conozcan como personas creíbles, que siempre dicen la verdad.

Conclusión:

Necesitamos permitir que Dios opere en nuestro interior llevándonos a ser los hombres y mujeres que él espera que seamos; ese es el objetivo del Evangelio que Cristo vino a predicar a los hombres; más que una religión que se estudia, se aprende y se practica, el Evangelio es un estilo de vida basado en las enseñanzas y en el ejemplo de Cristo, totalmente posible de ser vivido, ya que contamos con el auxilio y la gracia de su Espíritu Santo para lo que, en nuestras propias fuerzas, no podemos lograr o alcanzar.

Clase 10**EL AMOR AL PRÓJIMO****La base de todas nuestras relaciones**

“Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa; y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos. Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo rehúses. Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”
Mateo 5: 38-48

Nuevamente el Señor sentaba las bases de la Reforma que había venido a traer al pueblo de Dios; podemos observarlo en la repetición de la expresión: *“Oísteis que fue dicho... Pero yo os digo”*.

El Señor vino a enseñar a los hombres la manera correcta de llevar adelante las relaciones interpersonales:

Jesús anula el deseo de venganza. Los antiguos enseñaban que era correcto devolver a alguien el mal o daño causado, utilizando la expresión *“Ojo por ojo, diente por diente”*, algo que solo alimentaba en los hombres el deseo de venganza sobre su prójimo, agravando las diferencias y las enemistades. Jesús viene a anular el deseo de venganza, enseñando que la

mejor forma de responder hacia el agravio es no *resistirlo*, lo cual significa *oponerse con fuerza a él*, sino más bien *poniendo la otra mejilla*, es decir, *mostrar una actitud que no incite a continuar aumentando la contienda*, sino una que promueva la paz, la cordialidad y el perdón entre las partes afectadas.

Jesús promueve la generosidad. Nos anima a ser generosos aun cuando la persona que esté pasando por una necesidad no se haya comportado correctamente hacia nosotros, aunque nos haya robado u obligado a darle lo que era nuestro, o aunque se haya aprovechado de nosotros para sacar un beneficio personal, es decir, Jesús nos anima a actuar de una forma muy diferente a la que el hombre tiene por naturaleza; y es que en eso consiste la obra de transformación que el Evangelio busca producir en nosotros, llevándonos a actuar como Jesús actuaría si estuviera en nuestro lugar, y llevándonos a ser tal y como él fue mientras estuvo en la tierra. El gran desafío que cada uno de nosotros tiene es el de procurar imitar el carácter de Cristo y, dado que esto jamás ha de ser posible en nuestras fuerzas humanas, por más buena intención que tengamos, ha de ser imprescindible que contemos con la gracia sobrenatural del Espíritu Santo de Dios, quien fue enviado por el Señor para ayudarnos a lograr espiritualmente lo que nosotros, mediante nuestros propios medios, no podemos lograr. Siendo llenos de él, e invitándole cada día a ser quien gobierne nuestros actos y nuestras emociones, lograremos parecernos cada vez un poco más al Dios que nos creó.

Jesús establece el fundamento del amor al prójimo como base para las relaciones. Independientemente de cómo el otro haya sido hacia nosotros, de cómo se haya comportado o de cuánto amor nos haya demostrado, el mandamiento del Señor hacia nosotros como sus hijos es "*Amar a todos y bendecirles*". Antiguamente, estaba bien amar al prójimo, pero aborrecer al enemigo; pero Jesús vino a traer un nuevo mandamiento, una nueva alternativa para que el hombre escoja la manera en que quiere conducirse entre los hombres: el mandamiento del amor; y el amor trae como resultado el bien para el otro, ya sea en palabra o en hechos. Aun cuando alguien a quien amamos ha sido desleal o desagradecido hacia nosotros, actuando de mala manera, dañándonos, perjudicándonos, hiriéndonos u ofendiéndonos, el amor que profesamos hacia esa persona nos hace amarle y perdonarle, a pesar de todo, y nos lleva a hacerlo en el acto, sin tener necesidad de meditar demasiado la decisión.

Lo mismo debe sucedernos en lo relativo a todos los seres humanos: hemos sido llamados a amar como Jesús amó, a dar como Jesús dio, a perdonar como Jesús perdonó, por lo que será imperioso que revisemos nuestro corazón y el estado en que este se encuentra, siendo sinceros al momento de tener que reconocer, si es el caso, que no estamos ejerciendo completamente este mandamiento dado por Jesús a su Iglesia. El amor no es un sentimiento, el amor es una decisión; una decisión que se toma conscientemente, que tiene en claro que tal vez el otro *no se merezca* el amor que decidamos darle, pero que ha comprendido que no nos corresponde precisamente a nosotros juzgar quién se merece qué cosas. Una decisión de alguien que ha comprendido que el único que tiene derecho y autoridad para juzgar es Dios, y que a nosotros nos corresponde solo obedecer a su Palabra y procurar cumplirla. Y si aun quien tiene la autoridad para juzgar no lo hace, sino que sigue bendiciendo a la humanidad con la lluvia y el sol, independientemente de cómo esta se conduzca ante él, ¿quiénes seremos nosotros para actuar de otra manera?

Jesús nos llama a marcar la diferencia. Hacer lo que todos hacen es fácil, es sencillo. Amar a quienes nos aman, saludar a quienes nos saludan, tener amistad o relación con quienes tienen una forma de ser agradable, no resulta dificultoso. Lo difícil es amar a quien no se hace amar; buscar de tener una relación con alguien que continuamente nos demuestra que no importamos o no valemos como personas. Bendecir a quien todo el tiempo se burla de nosotros, nos desprestigia, nos trata mal o nos humilla con palabras o miradas, eso es lo más difícil; nuestra naturaleza quiere reaccionar, quiere buscar venganza, justicia, igualdad, pero no así el Espíritu de Cristo, el cual nos enseñó con su vida que lo conveniente es tomar una actitud humilde, que se gana más con la amabilidad que con la tiranía, que se tienen mejores frutos de la buena actitud de pasar por alto la ofensa, que del empecinamiento en querer ganar siempre la partida. Jesús nos ha llamado a diferenciarnos del resto de las personas, mostrando que somos distintos, que tenemos otra naturaleza, que somos gobernados por otro Señor.

Jesús nos llama a ser perfectos. Alguien perfecto no es alguien que nunca se equivoca, que todo lo hace bien o que nunca tiene un error. Alguien perfecto es alguien que busca la excelencia, alguien que se esfuerza en hacer lo que hace de la mejor manera en que pueda hacerlo. Alguien que no se

conforma con moverse de manera mediocre o *a medias*, alguien que siempre está dando todo de sí para que todo lo que hace alcance su punto máximo. Ese es el mandamiento que Jesús está entregándonos: “*Sed, como Dios, perfectos*”; y eso significa: “*Esfuércense por ser los mejores hijos, los mejores padres, los mejores esposos, los mejores maestros, los mejores empleados, los mejores funcionarios*”; “*Esfuércense por que todos los aprecien, los quieran, los tengan en alta estima, aunque no les sea sencillo lograrlo; aunque tengan que humillarse y agachar su cabeza muchas veces, aunque tengan que vivir perdonando agravios y malas respuestas, aunque tengan que hacer de cuenta que no escucharon la ofensa. Perdonen, sean amables, esfuércense por que todos puedan ver que son verdaderos hijos de Dios; será entonces cuando el mundo realmente conozca que son mis discípulos*”. Que nos esforcemos en ser los mejores no significa que lleguemos a lograrlo, pero significa que dimos lo mejor que tuvimos para que eso sucediera, lo que termina significando que nos comportamos de manera excelente, cumpliendo así con el mandamiento de Cristo.

Conclusión:

Cuando hablamos del Evangelio, hablamos de que no basta con decir que somos hijos de Dios o que creemos en Dios o que seguimos a Cristo; no basta con decir que conocemos la Biblia o que nos hemos apartado de la religión tradicional establecida para *hacernos evangélicos*. Cuando hablamos del Evangelio hablamos de un verdadero cambio de vida, de una transformación de todo lo que somos, producida desde dentro hacia afuera. Hablamos de un nuevo nacimiento, que nos lleva a ser nuevas personas en *todo*, lo que a su vez se verá inevitablemente reflejado en nuestras relaciones interpersonales.

El verdadero Evangelio se predica solo: lo predicamos con nuestros actos cuando buscamos de imitar a Cristo en cada actitud, en cada respuesta, en cada gesto y en cada decisión. Que la Reforma que Cristo vino a traer pueda producirse en nosotros día a día, convirtiéndonos así en personas que puedan afectar el mundo de manera tal que los resultados sean más que evidentes.

Clase 11

JESÚS

Y LA ACTITUD AL DAR

Aprendiendo a ser humildes

“Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos. Cuando, pues, des limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. Mas cuando tú des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que sea tu limosna en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público”

Mateo 6: 1-4

El Señor les habla duramente a los judíos, citando ejemplos claros de personas que no se conducían correctamente delante de Dios ni buscaban agradar su corazón, sino que actuaban de manera egoísta, buscando llevarse la gloria para sí mismos.

Jesús les aconseja no hacer las cosas para ser vistos de los hombres. Un error que muchos de nosotros podemos llegar a cometer es el de buscar de hacer las cosas para ser vistos, para ser aplaudidos, para ser alabados o tenidos en cuenta, cuando en realidad nuestra actitud al hacer las cosas debiera ser la de agradar solamente al Señor. El hecho de estar buscando la gloria personal en cada acto que realicemos deja en evidencia que no buscamos exaltar a Dios con nuestro estilo de vida, sino más bien exaltarnos a nosotros mismos, y esta actitud no tiene recompensa delante de Dios. Luego, podemos llegar a preguntarnos por qué Dios no nos bendice o no obtenemos la cosecha de la siembra que hemos hecho, ya sea en cosas materiales o en acciones que hayamos realizado, y la respuesta a esta pregunta que podemos hacernos está escondida en este consejo de Jesús: *la única manera de obtener*

recompensa por nuestros actos será solamente cuando en nuestro corazón reine el completo desinterés por la gloria que los tales nos puedan traer.

Jesús pone como ejemplo a los religiosos hipócritas. Puede que no nos guste demasiado hablar de cosas que otros hacen y con las que no estamos de acuerdo, y es correcto tener la actitud de no criticar a nuestros hermanos cuando se conducen de manera que no consideramos apropiada; sin embargo, el propio Jesús habla abiertamente de aquellos religiosos hipócritas que no tienen temor de presentarse en la sinagoga, en el lugar de reunión, y actuar de manera ofensiva al carácter santo de Dios, procurando llevarse la gloria y la alabanza por las acciones realizadas, mostrándonos que no está mal ser buenos observadores y aprender a sacar buenas enseñanzas de los malos ejemplos. Vivimos rodeados de buenos y malos ejemplos, y la intención del Señor no es que lleguemos a confundirnos acerca de lo que se debe y lo que no se debe hacer; tampoco hemos sido llamados a callar frente a la injusticia, siendo cómplices de aquello que no encuadra dentro de los parámetros establecidos en su Palabra, aceptando con resignación el mal proceder de los hombres; sino que debemos aprender a tener tal relación personal con el Señor y tal conocimiento de su Palabra y de su voluntad para nosotros, que nosotros mismos seamos capaces de discernir lo que es correcto y lo que no, cuál es un buen ejemplo y cuál no, y qué cosas agradan su corazón y cuáles no. Esto nos convertirá en hijos e hijas de Dios maduros, que no necesitarán estar rodeados siempre de los mejores ejemplos para poder agradar a Dios haciendo la voluntad del Padre, sino que aun en medio de las más crudas tinieblas sabrán levantarse para marcar la diferencia, logrando resplandecer y mostrar la luz de Cristo en todo lugar en el que se encuentren.

Jesús nos enseña a ser humildes y reservados. Cuando uno espera la recompensa solamente de parte de Dios, no necesita que se publique lo que ha hecho de bien en favor de otra persona, y esta actitud tiene que ver con la humildad que pueda reinar en el corazón de alguien que no pretende ganarse el favor de nadie, sino solamente aprender a actuar como Cristo actuaba, siendo sus manos, su boca y sus pies, y buscando solo el bienestar del otro, independientemente de que alguna vez lleguen a trascender las acciones que se hayan podido llevar a cabo para ese bienestar. La actitud de ser humildes y reservados, guardando para nosotros los buenos gestos o acciones que

hayamos tenido hacia otros, demostrará que nuestra única intención es hacer bien en beneficio del prójimo, y no para ser vistos ni aplaudidos por la gente.

Jesús nos revela cómo funcionan las cosas. *El Padre que ve en lo secreto, recompensa en público.* Muchas veces, podemos llegar a pensar que lo que hemos hecho por otros o lo que hemos dado por el bienestar de alguien más pasó desapercibido. Quizás la persona a la que bendijimos se comportó de forma desagradecida, no valorando lo que hicimos por ella, ni teniendo en cuenta lo que a nosotros nos pueda haber costado lo que sembramos, ya sea en cuestiones materiales, emocionales o espirituales. Pero la promesa está dada de parte de Jesús para nosotros, y esta dice que hay un Padre que ve en lo secreto, que ve todo lo que hacemos, que conoce lo que damos, por qué lo damos, con qué actitud y con qué expectativas lo hacemos, y ese será el mismo que recompense cada gesto de amor, si es que lo hemos hecho de manera totalmente desinteresada, no buscando la gloria personal, no buscando ser alabados, ni aplaudidos, ni reconocidos, ni tenidos en cuenta. Será el Padre el que recompense nuestra correcta actitud, entregándonos aquello que nosotros estemos anhelando y necesitando, colmándonos de bendiciones y llevándonos a ser un buen ejemplo para otros que vengan detrás. Pero lo más importante de esta cuestión es que nuestro interés no esté precisamente en lo que podamos recibir a cambio de nuestra siembra; lo más importante será que en nuestro corazón reine la humildad y el desinterés de estar dispuestos a darlo todo, aun cuando eso signifique que nuestras manos queden vacías: ese es el Espíritu de Cristo, y él lo demostró con su vida mientras estuvo en la tierra; por lo tanto, él es nuestro gran Referente y nuestro Modelo a seguir, si lo que queremos es agradar al Padre en todo lo que somos y en todo lo que hacemos.

Conclusión:

La vida en Cristo es una vida de entrega, de abnegación, de renuncia y de sacrificio. Si bien es cierto que seguimos a un Dios poderoso que está dispuesto a bendecirnos mucho más abundantemente de lo que podemos llegar a entender o comprender, también lo que es que seguimos a un Dios que busca transformar todo lo que somos, convirtiéndonos en pequeños reflejos de su gloria, de su amor y de su compasión para con los demás seres

humanos. Liberarnos del orgullo, de la soberbia, de la altivez, del egoísmo y de la frialdad que gobierna este mundo, será una de las principales premisas que deberemos alcanzar, si lo que deseamos es ser llamados hijos e hijas de Dios.

Clase 12

JESÚS Y LA ORACIÓN

Aprendiendo a comunicarnos con Dios

“Y cuando ores, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa.

Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público.

Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos. No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis.

Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy; y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal; porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén”

Mateo 6: 5-13

El Señor nos dejó en su conocido *Sermón del Monte* algunos puntos importantes para que tengamos en cuenta al momento de querer comunicarnos de manera efectiva con Dios:

Nos enseña el significado de la oración. Poniendo como ejemplo a algunos *hipócritas*, Jesús nos enseña lo que realmente significa *orar*. Jesús habla de aquellos a quienes les gusta orar en público, para ser vistos, para ser reconocidos o tenidos en cuenta, y menciona que ellos *ya tienen su recompensa*, refiriéndose a que ya tienen lo que querían, ya tienen la fama que buscaban o el reconocimiento tan deseado. En cambio, Jesús quiere llevarnos a comprender que orar significa nada más y nada menos que *hablar con Dios*,

comunicarse de manera directa con él, sin intermediarios. Si nosotros deseamos hablar con una persona para contarle nuestras intimidades o preocupaciones, no vamos a citar a esa persona en público, ni vamos a usar de elementos amplificadores para poder expresarle delante de una multitud lo que sentimos o pensamos. De la misma manera, pensar en hablar con Dios es pensar en tener un momento en el cual podamos encontrarnos en la intimidad con él, y no delante de más personas. Jesús pone como ejemplo a estos *hipócritas*, para mostrarnos que ellos no estaban buscando *hablar con Dios*, sino ser vistos por la gente y ser admirados por ella, mientras simulaban tener una conversación con el Padre.

Nos anima a tener nuestra propia reunión privada con Dios. Muchas personas no se atreven a orar porque creen no saber cómo hacerlo, debido a lo mal que se ha enseñado este hábito tan sencillo. *Orar es hablar con Dios*, para lo cual no hace falta tener un gran conocimiento acerca de historia, de teología, de vocabulario ni de ciencias complejas y difíciles de interpretar. *Orar es hablar con Dios*, contándole nuestros sentimientos, nuestras angustias, nuestras alegrías, nuestras preocupaciones, aquello que nos cuesta comprender, etc., en nuestras propias palabras, con nuestra propia terminología, conforme a lo que sentimos y como nos sale directamente del corazón. A veces, podemos encontrarnos en una situación en que ni aun las palabras pueden definir cómo nos encontramos, y solo podemos llorar delante de Dios, descargando nuestro malestar. Aun en esos momentos, el Padre entiende perfectamente cómo nos sentimos y qué es lo que nos pasa, porque él no busca comunicarse con nuestra mente o nuestro intelecto, sino que él busca conectarse directamente con nuestra alma y nuestro corazón, en lo más profundo de nuestro espíritu. Por esa razón, para orar solo basta con abrir nuestro ser a Dios y permitir que nuestro corazón se comunique con el suyo, ya sea a través de palabras, o del medio que sea que podamos hacerle saber cómo nos encontramos.

Nos enseña a no tener falsas expectativas. Muchas personas se desaniman porque cuando oran *no sienten nada, no escuchan nada*, sienten que están hablándole a la pared o que nadie está prestando atención a su oración. El mismo Jesús aclara que no debemos ir a la oración esperando recibir la respuesta en el momento exacto en el que la formulemos, sino por el contrario, nos dice que *el Padre que nos ve en lo secreto ha de recompensar o*

responder en público. Si bien es cierto que Dios puede respondernos en el momento mismo de la oración, y puede hacerlo hablando directamente a nuestro corazón, puede hacerlo mediante voz audible, puede hacerlo a través de una palabra de la Biblia o como él quiera o desee hacerlo, también lo es que no siempre vamos a tener este tipo de experiencias, y que no debemos esperarlas ni desanimarnos si no las tenemos, sino que debemos actuar en fe, sabiendo que él nos está escuchando, aun a pesar de que nosotros no sintamos nada, y que en el momento en que lo necesitemos, la respuesta va a llegar conforme se la hayamos pedido a Dios.

Jesús nos entrega un modelo de oración para presentarnos ante Dios.

El Señor, enseñando acerca de cómo orar, mencionó algunas palabras como *modelo* de oración, que la religión romana tomó en forma literal y así la enseñó a sus congregantes, convirtiéndola en una pieza tradicional de *rezo* o *recitado*, dejando a un lado la forma espontánea, genuina y fresca en que una persona pueda comunicarse con Dios. Pero cuando Jesús entregó este modelo de oración, no lo hizo con la intención de que se tomase de esa forma, sino más bien como un ejemplo de las palabras que pronunciar delante de Dios, las cuales incluyen puntos tan importantes como:

- La alabanza y exaltación a su Nombre (santificado sea tu Nombre)
- Manifestación del deseo de que Su voluntad sea hecha (venga tu Reino, hágase tu voluntad)
- Manifestación de las necesidades materiales (el pan nuestro de cada día)
- Petición de perdón por las faltas cometidas (perdónanos nuestras deudas)
- Manifestación de la voluntad de perdonar a quienes nos hayan ofendido (como también nosotros perdonamos)
- Petición de ser librado de mal y de tentación (no nos metas en tentación, líbranos del mal)
- Alabanza a Dios (tuyo es el reino, y el poder, y la gloria)

Estos puntos importantes son los que deben estar presente en medio de nuestra conversación con Dios, si lo que queremos es llegar a tocar su corazón pero, como decíamos anteriormente, no siempre nuestro estado emocional es el mismo, como tampoco lo serán nuestros motivos de oración,

sino que muchas veces al volcarnos a hablar con Dios las propias palabras tomarán su curso y nos irán llevando a derramar en Su presencia nuestro corazón tal como se encuentra, aunque eso signifique ni siquiera expresar palabra. Recordemos que el Señor también dice en su enseñanza: *“Vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis”*. Lo que a él más le interesa es que nosotros sepamos correr a él y buscar su rostro; de lo demás, se encarga él.

Conclusión:

Dios hizo al hombre para tener comunión con él, para poder comunicarse con él sin intermediarios, sin limitaciones, sin impedimentos de ningún tipo. El hombre ha complicado mucho las cosas, haciendo ver la comunión con Dios como algo difícil, como un hábito que demanda una serie de requisitos especiales, y que está reservado para unos pocos que sí son *escogidos* o *aceptados* delante de Dios. Pero el deseo y la intención del corazón de Dios es compartir con el hombre cada experiencia, cada sentimiento, cada situación que este tiene que atravesar, llevándole a aprender de ellos, así como también a poder superarlos y crecer en su vida personal, siendo capaz de tomar las mejores decisiones que le traigan las mejores consecuencias en todas las áreas de su vida.

La oración es el vehículo que tenemos para conectarnos con la presencia de Dios las 24 horas del día, estemos donde estemos y en la situación en que nos encontremos. Si sabemos descubrirla y sacar el mayor provecho de ella, descubriremos que Dios está mucho más cerca nuestro de lo que nosotros pensábamos, y que su fidelidad es mucho más grande y más real de la que habíamos experimentado hasta ahora.

Clase 13

JESÚS Y EL PERDÓN

Dando a otros lo que esperamos recibir de Dios

“Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas”

Mateo 6: 14-15

Jesús enseñó acerca del perdón de una forma muy práctica, demostrándonos que no podemos pedir a Dios algo que no estamos dispuestos a entregar primeramente nosotros.

Un razonamiento sencillo. Ninguno de nosotros puede decir que jamás se ha equivocado, o que nunca ha cometido un error o una falta que haya dañado a alguien más. Si lo hacemos, la misma Biblia nos dice que somos mentirosos. El problema que suele ocurrir con nosotros muchas veces es que, cuando somos heridos o defraudados por alguien, tendemos a olvidarnos que nosotros también hemos herido o defraudado a otros, y reclamamos justicia y exigimos explicaciones, no teniendo en cuenta que, tal vez, somos los menos indicados para levantar el dedo para acusar a alguien más, debido a las faltas que nosotros hemos cometido también. Jesús, en un razonamiento totalmente sencillo y de fácil comprensión, nos hace ver que no podemos pedir a Dios algo que no estamos dispuestos a entregar nosotros primero, es decir, si no estamos dispuestos a perdonar a los demás sus ofensas hacia nosotros, tampoco podremos venir delante de Dios para pedir perdón por nuestros actos y pecados.

Una atadura espiritual. Debemos saber que la falta de perdón es una atadura espiritual. Cuando no podemos perdonar, estamos siendo atados emocional y espiritualmente y, a menos que nos determinemos a soltar ese

perdón hacia la o las personas que nos han dañado, no podremos ser libres de esa atadura. Una atadura nos impide movernos libremente para realizar cualquier actividad; espiritualmente, nos sucede lo mismo. Si nos encontramos con ataduras en nuestro espíritu, en nuestra mente o nuestro corazón, será imposible que podamos movernos con libertad en la vida, en las relaciones, mucho menos pensar en servir a Dios de alguna manera, ya que esa atadura nos imposibilitará para todo lo que queramos hacer. Esa atadura espiritual aun nos impide acercarnos a Dios con libertad para buscarle y recibir de él lo que quiera entregarnos. Por tal motivo, es necesario que nos liberemos de toda atadura, sobre todo de la atadura de la falta de perdón, ya que no podremos acercarnos a Dios pidiendo perdón por nuestros errores y pecados, si no somos capaces de perdonar a quien nos haya perjudicado.

El perdón nos sana y nos libera. Cuando somos capaces de perdonar a quien nos ha ofendido, independientemente de la gravedad del daño que nos haya causado, podemos alcanzar la sanidad y la liberación de nuestra alma. Muchas veces, existen situaciones graves con las que hemos tenido que lidiar, cosas que humanamente es difícil perdonar, sobre todo, cuando no podemos encontrar explicación al porqué nos ha tenido que tocar atravesar tal o cual cosa. Lo cierto es que el hecho de poder soltar ese perdón, aun cuando nos cueste y nos sea realmente difícil, hará que de nuestra alma se quite un gran peso de encima, llevándonos a sentir alivio de nuestras cargas, sintiendo que podemos volver a empezar.

Conclusión:

Como fue dicho, no podremos exigir nunca de Dios algo que no estamos dispuestos a otorgar nosotros a otros. Por tal motivo, será imprescindible que podamos analizar nuestro corazón y ver si aún quedan vestigios de rencores, amarguras o sentimientos heridos que podamos guardar hacia alguna persona que pueda habernos dañado en el pasado, y aun en el presente, y poder vaciar nuestro ser interior de todo lo que pueda significar un peso o una carga innecesaria de llevar, que solo nos está impidiendo servir y amar a Dios con libertad, y disfrutar de la vida plena que él ha preparado para cada uno de lo que creen en él.

Clase 14

JESÚS Y EL AYUNO

El arma secreta para lograr cosas en Dios

“Cuando ayunéis, no seáis austeros, como los hipócritas; porque ellos demudan sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro, para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público”

Mateo 6: 16-18

Nuevamente Jesús habla a los judíos acerca de la correcta actitud al hacer las cosas.

Les enseña a aprender de las actitudes ajenas. Jesús alienta a los judíos a no ser personas hipócritas, tratando de mostrar delante de los hombres su buena conducta espiritual, sino a poder tener una actitud humilde, aprendiendo a humillarse delante de Dios en la intimidad, buscándole con sinceridad. Estos *hipócritas* que Jesús menciona, lo único que buscaban era ser reconocidos o alabados por lo que hacían, y su recompensa ya estaba con ellos. Pero a quien se humilla delante de Dios en ayuno, ruego y oración, ese mismo Dios que ve en lo secreto, que escucha en lo secreto, que toma las cargas que sus hijos le entregan en lo secreto, será el que les recompense en público, para gloria de su Nombre.

Un arma poderosa y efectiva. El ayuno es una de las armas espirituales que el Señor nos ha entregado para que peleemos nuestras batallas en oración. Se trata de abstenerse de alimentos, total o parcialmente, para dedicar un tiempo específico para buscar a Dios de manera especial. Generalmente, se realiza con un fin determinado: recibir una respuesta de

parte de Dios, una palabra de dirección sobre algún tema puntual, antes de tomar una decisión trascendental, antes de un evento o suceso especial en el que queramos ver que la gloria de Dios se manifieste, etc. Jesús ayunó antes de comenzar su ministerio público. El profeta Daniel ayunó cuando el tiempo de la liberación del pueblo de Dios estaba a punto de cumplirse, y una nueva etapa estaba por comenzar. La reina Ester ayunó para que Dios le diese gracia para presentarse delante del rey para interceder por sus hermanos. El ayuno es una práctica que debe ser llevada adelante siempre que lo queramos, pero que debe ser especialmente tenida en cuenta para momentos específicos de nuestra vida.

El tiempo de duración de nuestro ayuno puede llegar a variar; podemos llevar adelante un ayuno de horas o tal vez de días; la efectividad de nuestro ayuno no dependerá del tiempo que invirtamos en él, ni del gran sacrificio que hagamos para realizarlo, ya que el ayuno no es una *penitencia* para la carne. Por lo contrario, el ayuno es un hábito que nos ayuda a disciplinar nuestras pasiones, enseñando a nuestro cuerpo que nuestra prioridad es buscar el rostro del Señor en oración. Por esa causa también es importante tener en cuenta que no nos sirve de nada apartar tiempo para ayunar, si ese tiempo coincide con un tiempo de trabajo o estudio al que debemos ajustarnos; el tiempo de ayuno debe ser un tiempo en que podamos dejar a un lado no solamente ciertos tipos de alimentos, sino también la mayor parte de las actividades que nos consumen más atención y demanda horaria, para poder invertir ese tiempo en la búsqueda de Dios, la oración y la lectura de la Palabra.

El ayuno, además de ayudarnos a disciplinar nuestro cuerpo, ha de llevarnos a un estado de sensibilidad espiritual que permitirá que nuestro espíritu esté abierto para conectarse con el Espíritu de Dios y recibir de su parte lo que él quiera entregarnos conforme a su voluntad en cuanto al motivo que hemos tomado como objeto de la razón de nuestro tiempo especial de búsqueda del Señor. Al dejar a un lado toda actividad y preocupación de la carne, nuestro espíritu se encontrará dispuesto a ser lleno y saciado del Espíritu de Dios y de su voluntad para nosotros.

Yendo paso a paso. No debemos pensar que no estamos crecidos o en las condiciones necesarias para realizar el hábito del ayuno, creyendo que es una práctica aconsejada para las personas que ya han alcanzado cierta madurez en las cosas de Dios. Por el contrario, como todo hábito que podamos

desarrollar en nuestra vida, la excelencia vendrá con el tiempo. Uno debe comenzar a ponerlo en práctica conforme uno lo entiende, tal vez siguiendo los consejos de personas que ya tienen tiempo ejercitándolo, y uno debe saber que, con el tiempo, nuestra propia experiencia ha de ser nuestra maestra, además del Espíritu Santo de Dios, quien nos guiará y nos enseñará todo lo que debemos saber, conforme al propósito para el cual él ha sido enviado a nosotros.

Conclusión:

La práctica del ayuno, juntamente con la práctica de la oración y la lectura de la Palabra, nos proporcionarán el crecimiento espiritual que necesitamos para no ser creyentes en Cristo que siempre estén dependiendo de otros para su sostén espiritual. Podremos desarrollar nuestra fe para creer por cosas siempre mayores, podremos desarrollar fortaleza espiritual para atravesar las pruebas y momentos difíciles que nos toque atravesar, y lo que es mejor y más importante: podremos aprender a conocer a Dios de manera íntima y personal, que es la forma en que él quiere manifestarse a cada uno de nosotros.

Clase 15

TESOROS EN LOS CIELOS

Entendiendo la vida espiritual

“No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”

Mateo 6: 19-21

Jesús les estaba enseñando a los judíos la importancia de colocar las prioridades en el lugar correcto.

Les enseña la realidad de los tesoros en la tierra. El mundo en el que vivimos se afana por tener tesoros en la tierra: bienes materiales, casas, coches, abultadas cuentas bancarias que les aseguren un buen pasar... Pero Jesús les muestra a los judíos la realidad de esos bienes materiales. Les habla de la *polilla*, refiriéndose a una cosa que va destruyendo otra poco a poco, *insensiblemente*, buscando mostrarles la realidad de que la envidia, la competencia, la rivalidad y la ambición del otro actúan sobre nuestras posesiones como una *polilla* que, de a poco, va destruyendo lo que tenemos, de manera que podemos llegar a quedarnos con las manos vacías gracias al obrar de agentes externos que trabajan para que así suceda. Les habla del *orín*, refiriéndose al *óxido* o la *herrumbre* que van tomando las cosas materiales con el paso del tiempo, haciéndose *viejas*, *obsoletas*, *pasadas de moda*, viéndose en la necesidad de caer en desuso. Les habla de ladrones que *minan*, que se toman su tiempo para ir destruyendo de a poco nuestros bienes más preciados para terminar robando todo lo que podamos haber construido o alcanzado. En pocas palabras, les habla de que las cosas materiales tienen *fecha de caducidad*, mientras que las cosas espirituales son *eternas*.

Les enseña acerca de hacerse tesoros en el cielo. Cuando nuestros tesoros se encuentran en el cielo, no hay agentes externos que puedan destruirlos. Los tesoros que podamos hacernos en los cielos no corren peligro de ninguna polilla que quiera venir a carcomerlos, no corren peligro de orín que pueda aparecer en ellos, ya que no tienen fecha de caducidad, no corren peligro de ladrones que puedan minar o hurtar, ya que este tipo de factores no tienen entrada al Reino de los Cielos. Los tesoros que nos podamos hacer en los cielos vienen con una póliza de seguros incluida que nos garantiza que nadie habrá de arrebatarnos ni de destruir lo que hayamos atesorado. Esos tesoros son los valores y los principios que podemos aprender de Jesús y tomar como un legado para transmitir a las futuras generaciones.

“Donde esté vuestro tesoro, allí también estará vuestro corazón”. La vida del hombre consiste en tomar a diario las decisiones necesarias que le lleven a tener la vida eterna para la cual Cristo entregó su vida, librándonos de nuestros pecados. Él ya hizo su parte, poniéndonos como prioridad al momento de pensar en ir a la cruz a morir. Ahora, nos corresponde a nosotros hacer la nuestra, poniendo como prioridad la vida que él nos ofrece, la cual nos garantiza el acceso a la eternidad. *“Donde esté nuestro tesoro, allí estará nuestro corazón”*; significa que de acuerdo con el orden en que coloquemos las prioridades en nuestra vida, así será la vida y la relación espiritual que tengamos con el Señor, y viceversa. Determinemos colocar nuestras prioridades conforme al orden aconsejado por Cristo; determinemos hacer de las cosas espirituales nuestros tesoros más preciados, y nuestro corazón irá detrás de ellas, permitiéndonos tener acceso a la vida que Jesús compró para nosotros en la cruz.

Conclusión:

El Evangelio busca hacer de nosotros personas espirituales, que puedan basar su vida y sus decisiones sobre el fundamento de la Palabra y las enseñanzas de Cristo, alejándonos de la vida superficial a la que solo le importa la apariencia y el *estatus* que se pueda lograr para competir en el mundo. Que podamos escoger convertirnos es el tipo de persona que el Padre está buscando que nosotros seamos, logrando de esa manera que quienes vienen detrás de nosotros puedan tener referentes sanos a los cuales seguir,

transmitiendo a su vez esa cordura de pensamiento a las futuras generaciones.

Clase 16

LA LÁMPARA DEL CUERPO

Aprendiendo a interpretar la vida conforme a la voluntad del Dios

“La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que en ti hay es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?”
Mateo 6: 22-23

En esta metáfora, Jesús nos está entregando una sencilla clave para que aprendamos a interpretar la vida conforme a la voluntad de Dios.

Nos enseña la realidad de que nuestros ojos son nuestra ventana al mundo exterior a nosotros. Muchas veces se ha dicho que *los ojos son el espejo del alma*; en realidad, y de acuerdo con lo que Jesús nos enseña, nuestros ojos son todo lo contrario: *son la ventana que nos conecta al mundo exterior a nuestro cuerpo*, y es a través de ellos que recibimos su interpretación, la cual puede concordar con la voluntad y el parecer del Padre, o no.

Si nuestro ojo está sano, todo nuestro ser estará lleno de luz. Esto tiene que ver con nuestra forma de ver las cosas; si nuestros ojos están predispuestos a interpretar la vida de acuerdo con la voluntad de Dios, actuarán como un *filtro*, que a su vez estará alineado a la voluntad, el sentir y el parecer de Dios en cuanto a todo lo que podamos ver. Entonces, todo lo que entre a nuestro cuerpo traerá medicina, paz, liberación, revelación, edificación; podremos comprender las cosas que nos eran veladas, podremos encontrar el sentido a muchas de las cosas a las que no les encontrábamos respuesta, y podremos aprender a superar diariamente aquello que significaba una lucha que en más de una ocasión nos abatía y nos llevaba a desear bajar los brazos y volvernos atrás. Además, estaremos en condiciones

de discernir qué es lo que nos hará daño, lo que nos ha de perjudicar, y lo que no ha de ser beneficioso para nuestra vida, teniendo la oportunidad de decidir o escoger cerrar la puerta de nuestro ser o, en este caso: las ventanas, a todo lo que pueda ser perjudicial y pernicioso para nosotros. Esa *lámpara* que es nuestro ojo sano nos permitirá alumbrar todo lo que vemos para no ser engañados por la falta de luz y de visión.

Si nuestro ojo está enfermo, todo nuestro ser estará en tinieblas. Si, por el contrario, nuestros ojos no están predispuestos a ver la vida desde el punto de vista de Dios, todo lo que entre a nuestro ser entrará entenebrecido, y serán las mismas tinieblas las que nos gobiernen por completo. No encontraremos respuestas a nuestras inquietudes, no sabremos cómo sobreponernos de los fracasos y equivocaciones, no estaremos en condiciones de ayudar a otros a sobrellevar sus cargas, ya que estaremos abrumados por las sombras que habrán tomado autoridad sobre nosotros, llevándonos a dudar de todo lo que se ponga por delante, siendo gobernados por el temor a caer a cada paso que demos. Procuraremos siempre defender nuestros propios puntos de vista, creyéndonos sabios en nuestra propia opinión, no estando dispuestos a dar lugar a lo que Dios pueda pensar o decir respecto a las diferentes cuestiones de la vida, lo que nos ha de llevar no solo a conducirnos como personas soberbias, orgullosas y altivas, sino también a fracasar en muchos de nuestros caminos, debido a que no estuvimos dispuestos a recibir el consejo de la Palabra de Dios para nuestro caminar. Esa *lámpara* que debiera ser nuestro ojo, al estar maligno, al estar *enfermo*, nos llevará a cometer errores a causa de la falta de luz y, por consiguiente, la falta de visión, que se traducirán en un cúmulo de tropiezos en nuestro caminar, de los cuales nos costará vez tras vez sobreponernos.

Solo nosotros estamos en condiciones de discernir la realidad de nuestro interior. Si la luz que en nosotros hay es tinieblas, o no, es algo que cada uno de nosotros puede discernir, conforme al reconocimiento personal que podamos hacer de nosotros mismos. Cada uno de nosotros sabe cuál es el punto de vista que ha escogido tener en cuanto a la vida que le rodea: si ese punto de vista concuerda con el punto de vista del Padre, o no; y cada uno de nosotros sabe cuáles son las decisiones que debe tomar para que sea de esa manera, por lo cual, cada uno de nosotros deberá analizarse y cerciorarse de que la luz que esté en su interior sea la verdadera luz de Dios, o las tinieblas

que ha permitido que le gobiernen por elegir pensar de una manera distinta a la voluntad del Padre. Conforme a los que decidamos que nos gobierne será lo que alcancemos en nuestro caminar, ya que la luz viene para alumbrarnos, pero seremos nosotros los que decidamos dar lugar a esa luz en nosotros, o quedarnos con nuestra propia percepción acerca del mundo que nos rodea.

Conclusión:

El salmista podía decir: *“Lámpara es a mis pies tu Palabra, y lumbrera a mi camino”*. La Palabra de Dios es ese faro que busca alumbrar nuestras tinieblas para que tengamos la oportunidad de caminar con pasos firmes y certeros en todo nuestro andar; pero estará en nosotros el tomar las decisiones que debemos tomar para que estas verdades funcionen en nuestra vida, y el poder disponernos a interpretar el mundo que nos rodea conforme a la voluntad del Padre o conforme a nuestros propios razonamientos.

Clase 17

LA DEPENDENCIA DE DIOS

Aprendiendo a descansar en su providencia

“Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas. Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo? Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos. Y si la hierba del campo que hoy es y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe? No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán.

Basta a cada día su propio mal”.

Mateo 6: 24-34

Jesús nos enseña la necesidad de que aprendamos a confiar en el cuidado de Dios sobre nosotros como sus hijos.

Nos enseña la importancia de que nos definamos. No podemos servir a dos señores, así lo dice Jesús: o servimos a Dios o servimos a las riquezas. ¿Significará esto que no se puede ser rico y servir a Dios? No precisamente; lo que Jesús está queriendo decir es que nuestro corazón y nuestro interés no

deben estar puestos en las riquezas. Estas no tienen nada de malo si las usamos para servir a Dios a través de ellas, haciendo con ellas las obras que Jesús haría si dispusiera de ellas materialmente, financiando la propagación y difusión del Evangelio, respaldando aquellos ministerios que han sido levantados por Dios para llevar a cabo obras para las cuales, tal vez, nosotros no hemos sido llamados, pero sí podemos ser parte de ellas contribuyendo y colaborando a que su fin se realice. Pero cuando las riquezas comienzan a ocupar el lugar de Dios en nuestro corazón, y ya no estamos dispuestos a tocarlas para contribuir a ninguna causa ni a ponerlas a su disposición para que él nos dirija en lo relativo a cómo invertir las más provechosamente, es cuando nos encontramos en un problema delante del Señor, ya que él nos conoce como nadie, y es cuando nos encontramos en la necesidad de definirnos: o amamos a Dios con todo lo que somos y con todo lo que tenemos, incluyendo nuestro dinero, o amamos a las riquezas y nos abocamos a trabajar por y para ellas, aunque Dios y todo lo que tenga que ver con él deba quedar a un lado, pero las *medias tintas* o las cosas *a medias* en Dios no funcionan.

Nos enseña la importancia de que podamos entender que él tiene cuidado de nosotros. Sea que tengamos mucho o poco; que estemos pasando necesidades o que estemos en abundancia; que hayamos alcanzado todos nuestros ideales o que aún estemos esperando que las puertas se nos abran para ir en pos de ellos, lo que Jesús quiere que entendamos es que nuestras vidas están en las manos de Dios, y que él mismo se encarga de nuestro sustento y mantenimiento. Por tal razón, el afán y la ansiedad por lo que habrá de traer el día de mañana no deben estar presentes en nuestro corazón, sino que deben ser reemplazados por la confianza de que Dios se ha de ocupar de cada uno de los detalles de nuestra vida, así como se ocupa de alimentar a las aves de los cielos, o de vestir a los lirios o a la hierba del campo. Jesús nos dice que aquellos que no conocen a Dios son los que viven en afanes y ansiedad en cuanto a su sustento, pero quienes han conocido a Dios descansan en la realidad de que él ha de traer a sus hijos todo lo que necesiten para su diario vivir.

Nos enseña la importancia de ocuparnos del Reino de los Cielos. Si nosotros ponemos nuestra atención en las cosas de Dios, él ha de poner su atención en las nuestras; es así de simple, así de sencillo, y así de veraz. Si

bien es cierto que debemos ocuparnos de trabajar con nuestras manos en aquello que el Señor nos ha confiado y ser responsables diariamente en relación a la fuente de sustento que él ha provisto para nosotros, nunca debemos descuidar el hecho de que fue precisamente él quien nos entregó ese oficio, ese trabajo, esa responsabilidad; por lo tanto, la mejor forma de retribuirle por haber sido bueno al ocuparse de nosotros y de nuestra manutención, es ocupándonos nosotros también de sus intereses, de su obra, de su reino, y de todo aquello que tiene que ver con su voluntad para con sus hijos y para con la tierra en general. Involucrarnos en sus propósitos para la tierra nos hará estar enfocados y, a la vez, nos ayudará a saber discernir y comprender la forma en que él desea que invirtamos el mismo dinero que él nos ha ayudado a ganar.

Nos enseña la importancia de vivir un día a la vez. *Preocuparse es ocuparse por adelantado.* Quien no conoce a Dios se preocupa, se adelanta a los acontecimientos, se turba pensando en cómo ha de resolver las cuestiones económicas que le atañen y desespera al no poder encontrar una salida, una solución que le traiga paz, que alivie sus cargas y le haga descansar. Quien conoce a Dios vive tranquilo, reposando en la seguridad de que ha de ser él quien ha de ocuparse del día de mañana. Quien conoce a Dios vive el *hoy*, entregando el mañana en las manos del mismo Dios que vela a diario por sus necesidades y carencias. Quien conoce a Dios apoya su cabeza en la almohada sabiendo que el próximo amanecer ya está concertado por el Padre, por lo que no tendrá que preocuparse en absoluto por lo que pueda traer con él. Se levanta cada mañana sabiendo que su Dios se hará cargo de ese día que comienza, y vive cada hora de ese día confiando en la gracia y en la providencia del mismo Dios que creó los cielos y la tierra, y cada detalle que los llena y los surca.

Conclusión:

Vivir con Dios es vivir confiados y tranquilos en la seguridad de que él estará para sostenernos y para sustentarnos en todos nuestros caminos. Que podamos desarrollar una dependencia absoluta de su mano de amor, confiando en él para todas nuestras necesidades, mientras nos entregamos a

servirle con el mismo amor con que le hemos dado lugar en nuestra vida para que comience a ser nuestro Rey y Señor absoluto.

Clase 18

EL JUZGAR A LOS DEMÁS

Aprendiendo a ocuparnos de nosotros mismos

*“No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido.
¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo? ¿O cómo dirás a tu hermano: Déjame sacar la paja de tu ojo, y he aquí la viga en el ojo tuyo? ¡Hipócrita! Saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano”
Mateo 7: 1-5*

Jesús nos enseña la importancia de aprender a ocuparnos de nuestros asuntos, antes de estar mirando lo que hacen otros.

Nos enseña la realidad de que uno cosecha lo que siembra. Cuando levantamos nuestro dedo para juzgar o criticar a alguien por su accionar o por sus decisiones, solemos olvidarnos de que nosotros también nos equivocamos y cometemos errores. Y condenamos, no teniendo en cuenta que con la misma medida con la que juzgamos a otros, seremos juzgados nosotros. Si fuimos misericordiosos al momento de hacerlo, esa misma misericordia habremos de recibir en retribución; pero si no fuimos misericordiosos, dejando a nuestro hermano en una posición de culpa y condenación, así seremos nosotros tratados también. La Biblia dice que *la misericordia triunfa sobre el juicio*; pero no podremos exigir ni demandar de parte de Dios algo que nosotros no hemos logrado implementar en nuestra vida. Si queremos que la misericordia de Dios triunfe sobre su juicio hacia nosotros, primeramente, deberemos hacer que nuestra misericordia triunfe sobre nuestro juicio hacia nuestros hermanos, y hacia todos aquellos que no hayan actuado correctamente hacia nosotros; solo entonces estaremos en condiciones de reclamar misericordia para nuestra vida de parte de Dios.

Nos enseña la realidad de que nuestra actitud al momento de juzgar al otro solo está dejando en evidencia nuestra propia inmadurez espiritual. Cuando señalamos *la paja* en el ojo de nuestro hermano, no nos estamos dando cuenta de que *una viga* está estorbando nuestra propia visión. Creemos que el error del hermano es mayor que el nuestro, sin darnos cuenta de que con esa actitud estamos dejando en evidencia que somos inmaduros, que no hemos comprendido el espíritu del mensaje que Cristo vino a enseñarnos y predicarnos, que no hemos llegado a comprender aun lo que el Padre espera de cada uno de nosotros. Y es que una actitud madura de nuestra parte hará que nos enfoquemos solamente en las áreas de nuestra vida que todavía deben seguir madurando y alcanzando el crecimiento espiritual que Dios espera de sus hijos, en lugar de estar mirando lo que hacen los demás para criticarlo o pretender corregirlo.

Nos enseña la realidad de que, si no nos ocupamos de limpiar nuestra visión, jamás podremos ayudar a nadie con la suya. Solemos ponernos a disposición de Dios para que él haga con nosotros lo que quiera hacer; queremos servirle y que él pueda usarnos como instrumentos para llevar su gloria y su poder a las naciones de la tierra, y no nos damos cuenta de que nunca él ha de usar herramientas que no estén en las condiciones requeridas y necesarias para que lo haga. Para ayudar a otros en su causa, en su misión o en el llamado con el que han sido coronados por el Padre, primeramente, habremos de quitar los estorbos en nosotros mismos, en nuestra propia visión, porque un ciego no puede guiar a otro ciego, porque un atado no puede liberar a otro atado, porque alguien que no ha entendido las verdades espirituales y no ha logrado aplicarlas a su propia vida, jamás podrá ayudar a otros a aplicarlas a su vida también.

Nos enseña la importancia de poder ser honestos con nosotros mismos. Al llamarles *hipócritas* en su mensaje, les está diciendo que no están siendo honestos con ellos mismos; que sabiendo bien que tienen en sí mismos una cantidad importante de cosas por resolver antes de ocuparse de señalar y condenar a otros, intentan esconder su verdadera identidad queriendo hacer sobresalir los errores ajenos, olvidando que el Padre tiene conocimiento de todo lo que somos en nuestro interior, aunque nos empeñemos en ocultarlo. Si buscamos la honestidad completa, vamos a caer en la cuenta de que

tenemos mucho en nosotros mismos de qué ocuparnos para cambiar, para modificar y para transformar, y no tendremos tiempo de estar mirando lo que hacen quienes están a nuestro alrededor. Cuando nos hayamos ocupado de nosotros mismos, cuando hayamos trabajado en nuestros propios defectos, faltas y errores, cuando hayamos reconocido delante de Dios todo aquello que necesitaba un cambio o modificación urgente, habiéndonos dispuesto para que él transformase por entero todo nuestro ser y nuestra forma de ver las cosas, será cuando estaremos en condiciones de ayudar al otro a quitar de su ojo las pequeñas o grandes cosas que puedan estar entorpeciendo su visión.

Conclusión:

El Evangelio de Cristo pretende llevarnos a ocuparnos de nosotros mismos, antes de querer cambiar el mundo que nos rodea, poniendo especial atención en aquellas cosas que desagradan a Dios y que son un estorbo para que nuestra comunión con él sea constante y continua. Que podamos tener una actitud humilde, rindiéndonos en su presencia con la disposición de que él pueda obrar en cada uno de nosotros, para ser transformados conforme a la imagen de su Hijo y estar así en condiciones de poder ayudar también a otros con nuestra experiencia y testimonio alcanzado.

Clase 19

SABIDURÍA

PARA COMPARTIR EL MENSAJE

Aprendiendo a valorar lo que tenemos

“No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos, no sea que las pisoteen, y se vuelvan y os despedacen”

Mateo 7:6

Jesús nos enseña la importancia de aprender a valorar y cuidar los preciosos tesoros que hemos recibido de parte del Padre, no compartiéndolos con cualquiera, por el simple hecho de creer que todos son merecedores de la gracia divina.

Nos enseña la realidad de que no todos son dignos de recibir lo que tenemos para compartirles. A simple vista, parece una declaración dura, fría, hasta insensible, completamente contraria al deseo y a la voluntad de Dios; pero analizando las palabras del Señor en el Sermón del Monte, en el que se nos brinda un resumen de su enseñanza y su legado, podemos comprender que en todo momento él ha querido llevarnos a comprender que debemos tener sabiduría al momento de compartir con otros lo que sentimos, lo que pensamos, lo que hemos recibido y atesorado de parte de Dios, ya que hay personas que no solamente no valoran lo que podemos brindarles, sino que también hacen burla y escarnio de nuestras convicciones y nuestra fe. Jesús los llama: *perros* y *cerdos*, poniéndolos en un lugar de opositores a la Palabra de Dios, personas que no tienen el mínimo interés por las cosas santas y que, lamentablemente, nunca lo tendrán. Es una realidad que, en muchas ocasiones, hay hombres que pretenden ser más buenos que el propio Dios, teniendo más misericordia que él o pretendiendo ejercer mayor compasión; pero él, que conoce los corazones de los hombres, que conoce las

profundidades del alma y del espíritu de cada ser humano, es quien está diciéndonos que debemos aprender a *seleccionar*, si la expresión tiene cabida en este contexto, a las personas que sabrán recibir y atesorar las bendiciones de las que estamos queriendo hacerles parte, de aquellas que solo han de *pisotear* nuestro mensaje y nuestro testimonio, no queriendo atribuir nuestras victorias a Dios, contradiciendo nuestras declaraciones.

Nos enseña la realidad de que nuestras palabras pueden llegar a ser usadas en nuestra contra. Existe una realidad y es que hay personas que solo están esperando que hablemos o hagamos cosas con el único objetivo de buscar en nosotros fallas, errores o contradicciones. Le pasaba al propio Jesús; los religiosos judíos siempre estaban a la expectativa de poder *cazarlo* en un error doctrinal, en una falta a la ley de Dios, en alguna contradicción que les diese derecho a condenarle públicamente o a desacreditar su mensaje y su identidad como Hijo de Dios. De la misma manera, continúa habiendo personas que solo están esperando nuestras faltas para poder tomarse de ellas y justificar así sus propias conjeturas y puntos de vista. Es lo que el Señor quiere enseñarnos al decir: “*no sea que se vuelvan y los despedacen*”; hay personas que no solamente buscan *pisotear* nuestro mensaje o nuestro testimonio, sino que también procuran destruirnos a nosotros, valiéndose de lo que nosotros mismos decimos o de las acciones que cometemos, buscando usar nuestras palabras o actos para nuestra propia destrucción. Jesús nos enseña a ser cautelosos, a examinar cuidadosamente a quiénes y con quiénes compartimos su Palabra y nuestra forma de ver las cosas, nuestras convicciones, aprendiendo a no perder el tiempo con aquellos que solo vienen a buscar complicaciones y cuyos objetivos están muy lejos de llegar a tener un verdadero cambio de vida que les signifique ese nuevo comienzo que nosotros estamos viendo que ellos necesitan, pero que es algo de lo que ellos mismos aún no han tenido consciencia.

Conclusión:

El Evangelio de Cristo es para todos los hombres; el Señor quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad. Pero, lamentablemente, no todos los hombres están dispuestos a rendirse por completo frente a la Palabra de Dios y sus consejos y enseñanzas para sus

vidas. Debemos ser cautelosos, sabios, entendidos, compartiendo la Palabra del Evangelio con aquellos que vemos que tienen verdadera hambre y sed de ser renovados en el espíritu de su mente y procurando evitar el perder el tiempo en discusiones huecas y sin sentido con personas que solo están buscando *comprobar*, a través de nuestras propias palabras, lo equivocados que estamos.

Clase 20

NUESTRA RELACIÓN CON DIOS

Desarrollando una relación de confianza

“Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá.

Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que se lo pidan”

Mateo 7: 7-11

Jesús nos enseña la importancia de aprender a desarrollar una relación de confianza con Dios y a depender completamente de él para nuestro diario andar.

Nos enseña la importancia de aprender a pedir a Dios. Muchos de nosotros solemos creernos autosuficientes, solemos creer que no necesitamos de la ayuda de nadie para subsistir o para salir adelante. Otros, somos tan dependientes de la ayuda externa, que no podemos dar un paso sin estar buscando la mano que nos ayude y nos facilite ese paso que queremos dar. Pero, como en todas las áreas de la vida, debemos saber y tener en claro que los extremos no siempre son buenos; por el contrario, a veces instalarnos en alguno de ellos puede llegar a ser altamente perjudicial para nuestro crecimiento y desarrollo como personas.

Necesitamos desarrollar en nuestra vida una actitud de independencia emocional, para poder levantarnos, hacer frente a cualquier gigante u oposición que pueda venir contra nosotros, pero también necesitamos aprender a presentarnos delante de Dios cada día para pedirle que sea él quien dirija nuestros pasos, quien nos guíe, quien nos conduzca por el camino recto, y que nos proteja de caer en peligros o de tomar malas

decisiones que no nos han de llevar al puerto que verdaderamente deseamos, aunque esa dependencia de Dios no debe llevarnos al extremo de pretender que todo el tiempo todo *nos caiga de arriba*, sin hacer esfuerzos de nuestra parte para alcanzar su bendición. Tanto en el área emocional y espiritual, como en el área natural y material, esta palabra debe alentarnos a creer por todas aquellas cosas que anhelamos y deseamos para nuestra vida, sabiendo que, si le buscamos, Dios responde desde los cielos con su poder y su gran amor.

Nos enseña la importancia de dedicar nuestro tiempo para buscar de Dios. La prioridad en nuestra vida no debe ser solo la de pedir y buscar a Dios por las cosas materiales o las respuestas o milagros emocionales o espirituales que queremos que él haga en nosotros; también debemos tomar el hábito de *buscar de él*, si lo que queremos es tener un crecimiento y un desarrollo personal en todas las áreas. Buscar de Dios nos hace sabios, ya que, al buscar su presencia, su misma sabiduría, a través de su Espíritu Santo, comienza a ser depositada en nosotros. Buscar de Dios nos hace cultos; los conocimientos de Jesús, con tan solo 12 años, sorprendían a los más estudiosos de su época. Como hijos de Dios, debemos ser ejemplo en el hábito y la costumbre de indagar, de estudiar, de procurar siempre aprender cosas nuevas y superarnos en aquellas de las que ya tenemos conocimiento. Buscar de Dios nos hará parecernos cada vez más a él, incorporando sus características y atributos en nuestra persona, haciendo que el viejo hombre que nos dominaba vaya decreciendo, y la nueva persona que Dios quiere forjar en nosotros crezca cada día más.

Nos enseña la importancia de no conformarnos con las puertas cerradas. Muchas veces, lo que deseamos recibir o alcanzar de parte de Dios está detrás de una puerta que está cerrada, y solo se requiere un pequeño esfuerzo de nuestra parte para que esa puerta se abra y podamos disfrutar de lo que Dios ha preparado para nosotros. Ese esfuerzo consistirá en que llamemos a esa puerta, en que golpeemos, si es necesario, insistentemente, hasta ver que la puerta se abre y podemos entrar para apropiarnos de su bendición. Esa actitud perseverante en nosotros nos permitirá alcanzar grandes cosas en Dios.

Nos enseña la importancia de aprender a desarrollar una relación de absoluta y total confianza con Dios. Dios es nuestro Padre; la relación que Jesús quiere enseñarnos a tener con él es una relación de paternidad, reconociéndole como nuestro Padre celestial y poniéndonos bajo su cuidado como hijos amados. Esto se ve dificultado, en muchas ocasiones, por el hecho de que no todos hemos tenido la mejor relación o el mejor de los ejemplos en lo que refiere a nuestro padre terrenal. La ausencia de este, o la presencia física pero no moral; hijos que han tenido que criarse en un ambiente de violencia ejercida por el padre de familia, hijos que han sido abusados, tanto física como psicológicamente, por sus propios padres y que jamás han podido sanar esa herida que su progenitor les provocó, son algunas de las razones que nos dificultan poder ver a Dios como un Padre de amor que quiere hacerse cargo de nosotros, ya que inconscientemente reflejamos en él la imagen que tenemos de nuestro propio padre. Y esto es algo que Dios mismo quiere sanar en nosotros, para que podamos aprender a desarrollar con él una relación de confianza, dejándonos abrazar y contener por sus brazos de amor, dejándonos sorprender asimismo con su capacidad de cuidarnos y de velar por nosotros, tal vez, como nunca nuestro padre terrenal pudo hacerlo.

Conclusión:

La relación que Dios quiere tener con nosotros es una relación de amor, y lo que él busca es sanar por completo todo lo que somos, para poder ayudarnos a entrar en nuevas temporadas espirituales que nos permitan disfrutar de todo su bien y su gracia derramándose y fluyendo hacia nuestra vida. Y es un Padre que no busca concedernos todo lo que pedimos, convirtiéndonos en hijos consentidos y malcriados, sino más bien llevarnos a depender de su amor y de su bondad para cada paso que demos, aprendiendo a contentarnos cuando nos entrega la bendición que esperábamos, pero también a ser agradecidos cuando decida no concedernos alguna petición, en la fe y en la seguridad de que él sabe mejor que nosotros qué es lo que nos conviene y lo que será positivo y productivo para nuestro crecimiento.

Dios es Padre; y un Padre que quiere y tiene lo mejor para cada uno de sus hijos. Acerquémonos a él en esa confianza, con esa libertad, sabiendo que él ha de velar por nuestro bienestar, coronándonos con su bendición.

Clase 21

LA SENCILLEZ DEL EVANGELIO DE CRISTO

Poniendo en práctica lo enseñado por Jesús

“Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas”

Mateo 7:12

En apenas una frase, Jesús nos enseña la esencia del Evangelio que él vino a predicar y a enseñar a los hombres.

Nos enseña la importancia de no hacer del Evangelio una religión. En esta pequeña enseñanza Jesús nos muestra que el Evangelio no es una religión que se aprende y se trata de practicar de manera rutinaria, cumpliendo una serie de requisitos y de pasos estructurados. Jesús nos enseña que el Evangelio es algo tan práctico y tan sencillo como tratar a los demás de la misma manera en que nos gustaría que nos trataran a nosotros. Visto a la inversa: no haciendo a otros lo que no nos gustaría que ellos nos hicieran. Así, nos daremos cuenta de que, si no nos gusta que nos mientan, por esa misma razón no debemos nosotros mentir a las demás personas. Si no nos gusta que nos insulten, por esa misma razón no debemos nosotros insultar a los demás. Si no nos gusta que se rían de nosotros, por la misma razón, no debemos nosotros reírnos de nadie, y así sucesivamente. Jesús nos deja bien en claro que el Evangelio es algo práctico, fácil y sencillo de practicar, altamente comprensible por toda mente humana, que no está escondido detrás de leyes y mandamientos que al hombre le es difícil y complicado interpretar.

Nos enseña la verdad de que lo que se siembra, se cosecha. Jesús nos está enseñando el principio de la siembra y la cosecha, demostrándonos que todo lo que demos a otros será lo que recibiremos en retribución. Tal vez, y esto es algo para tener en cuenta, no recibiremos nuestra cosecha de parte de las mismas personas en las que sembramos, ya que puede que las personas sobre las que sembramos no nos paguen a nosotros de manera similar a lo que nosotros lo hicimos, pero sí debemos estar seguros de que la cosecha vendrá de otra parte o de otro sitio. Esto permite que en nosotros sea cultivado el amor, ya que el no tener la seguridad de que nuestra cosecha vendrá desde el mismo lugar en el que se produjo la siembra, hace que nos movamos solamente por amor, y no por interés. Es así como el amor puede ser perfeccionado en nosotros. Como el mismo Jesús nos ha enseñado en otros puntos, ¿qué gracia tendría amar a quien sabemos que ha de retribuirnos ese amor? Pero el hecho de amar, aun sin saber si ese amor será correspondido, será lo que perfeccione el amor, convirtiéndolo en un amor desinteresado y libre de egoísmo. Si además de eso le sumamos que la persona no retribuyó ni respondió conforme al amor que sembramos en ella, y esto no modifica nuestra manera de pensar y nuestra capacidad de seguir amándole, vamos a encontrar que seguimos creciendo en relación con la enseñanza que Jesús quiere impartir en nosotros y, por tal razón, hemos de cosechar el amor que hemos sembrado y que hemos otorgado desinteresadamente.

Nos enseña la importancia de fundamentar sobre la base del amor cada cosa que hacemos. El amor es y será siempre lo que marque la diferencia. Cuando amamos, buscamos y procuramos el bien de la persona a la que amamos. Cuando amamos, somos capaces a renunciar a nosotros mismos con tal de que el ser amado tenga lo que necesita y quiere. Cuando amamos, sin darnos cuenta y hasta sin buscarlo, estamos imitando a Cristo.

Un estilo de vida fundamentado en el amor procurará el bien del prójimo en todas las áreas. Estará libre de envidias, de competencias y rivalidades. Pondrá al otro en primer lugar, procurando su bienestar y facilitando su acceso a las cosas que le han sido negadas. Un estilo de vida fundamentado en el amor estará contribuyendo a que el estilo de vida del Reino de los Cielos sea el que impere entre los hombres de la tierra; estará contribuyendo a que la voluntad de Dios sea la que se establezca y estará

haciendo posible que la Iglesia esté por fin cumpliendo con su rol y su función de ser la Representante de Cristo en la tierra.

Conclusión:

Tomemos la decisión de fundamentar nuestra vida sobre las bases del amor y de las enseñanzas de Cristo. Tomemos el Evangelio como algo práctico, simple y sencillo de practicar, y hagámoslo parte de nuestra vida diaria, siendo con otros como quisiéramos que los demás fueran con nosotros. Cumplamos así la encomienda de ser los pies, las manos y la boca de Jesús para una generación que está deseando llegar a conocerle.

Clase 22

LA LLAVE PARA ENCONTRAR LA BENDICIÓN DE DIOS

Atreviéndonos a no dejarnos llevar por lo que hacen los demás

*“Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta,
y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella;
porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida,
y pocos son los que la hallan”.*

Mateo 7: 13-14

Jesús nos enseña la importancia de tomar las mejores decisiones, que nos traigan las mejores consecuencias.

Nos enseña la importancia de aprender a decidir. Las religiones de hombres pretenden convertirse en un manual que nos indiquen lo que está bien y lo que está mal, lo que es correcto y lo que no, lo que se debe y lo que no se debe hacer. No así el Evangelio de Cristo, el cual pretende enseñarnos a decidir por nosotros mismos, y a hacerlo de manera responsable, siendo conscientes de las consecuencias que las decisiones que tomamos nos van a traer. Siempre decimos que buenas decisiones habrán de traernos buenas consecuencias, mientras que malas decisiones solamente nos traerán malas consecuencias. Es fácil que otros decidan por nosotros, que otros determinen los pasos que debemos dar y las puertas por las que debemos entrar, pero Cristo busca que maduremos a tal punto de que podamos ser nosotros quienes decidamos cuáles caminos escoger para nuestra vida y cuáles no, evaluando las posibilidades y las alternativas que podremos tener luego de haber hecho nuestra elección.

Nos enseña la importancia de no dejarnos llevar por la elección de la mayoría. A veces, en nuestra incertidumbre acerca de qué decisión tomar o cuál camino escoger, solemos pensar que la opción que escoge el resto es la más adecuada o la que más nos conviene. Pero Jesús en esta palabra nos va a enseñar que no siempre las cosas funcionan de esta manera, sino todo lo contrario; muchas veces, las opciones más elegidas son las que nos llevarán directamente al destino erróneo y opuesto al que estábamos buscando. No siempre lo aconsejable es *dejarnos llevar por la corriente*; algunas veces, la opción válida será ir en sentido totalmente contrario. No siempre la mejor opción será hacer lo que hacen los demás; a veces, la alternativa correcta será pararnos en una postura firme y definida, aun no teniendo el consenso de nadie a nuestro alrededor.

Nos enseña la importancia de no quedarnos con la primera opción. Al mencionar el Señor Jesús que *pocos son los que la hallan*, nos está diciendo que muchos son lo que la han buscado. *La puerta ancha*, como él la menciona, suele estar expuesta, a la vista, disponible y fácil de encontrar, y es por esa razón que la mayoría se conforma con lo que tiene delante. *La puerta angosta*, la opción secundaria, la segunda opinión, suele estar más escondida, suele no ser de tan fácil acceso, suele ser un poquito más difícil de hallar. Pero el hecho de haber buscado una segunda opción nos está demostrando cierta sabiduría escondida, subliminal, de alguien que no estaba dispuesto a quedarse simplemente con lo que apareció delante de sus ojos, sino que fue a por más, y estas son cualidades que Dios espera encontrar en cada uno de sus hijos. Quienes *ceden* ante la primera alternativa, generalmente, son personas conformistas, fáciles de seducir y de ser *atrapadas* por cualquier ideología o corriente que se pueda levantar. Quienes buscan más, indagan más e investigan más, son personas a las que no es tan fácil ni tan sencillo seducir o engañar; son personas que no se dejan llevar fácilmente por cualquier cosa que aparece delante.

Conclusión:

Dios está esperando que sus hijos se atrevan a ir más allá de las posibilidades que tienen delante. Dios está esperando que sus hijos no se conformen simplemente con lo que la vida les pueda haber ofrecido. Dios

quiere que sus hijos se atrevan a buscar las opciones y las alternativas correctas, y a no descansar hasta encontrarlas, estando seguros de que hallarán su bendición entrando por esas puertas por las que pocos se atrevieron a entrar.

Clase 23

EL MÉTODO PARA NO DEJARNOS ENGAÑAR FÁCILMENTE

Prestando atención a las señales que tenemos delante

“Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego. Así que, por sus frutos los conoceréis”.

Mateo 7: 15-20

Jesús nos enseña la importancia de examinar lo que recibimos de otras personas, y de no dejarnos llevar simplemente por una primera impresión.

Nos enseña la importancia de aprender a observar cuidadosamente a quien se presenta predicando su Palabra. En el mundo en el que vivimos, abundan las opciones al momento de buscar a alguien que nos predique la Palabra de Dios. A través de los medios de comunicación masiva, tenemos a diario contacto con personas que nos recomiendan un nombre u otro, un ministerio u otro, y las alternativas a las que podemos dar lugar para dejarnos ministrar pueden ser muchas, y de las más variadas. Pero Jesús nos enseña la importancia de ejercitar nuestro discernimiento espiritual al momento de abrir la puerta a una influencia en esta área, sea en forma de predicación de la Palabra de Dios o en forma de música, a través de la alabanza y la adoración a Dios. Al decirnos el Señor que hay lobos rapaces que se disfrazan de ovejas con el solo propósito de entrar en nuestras vidas y hogares para causar daño, confusión y destrucción, nos está advirtiendo que

no todo aquel que predica un versículo bíblico o que canta una canción en que se menciona a Dios es alguien que ha sido enviado para bendecirnos o influenciarnos positivamente, sino que puede suceder exactamente lo contrario.

Nos enseña la importancia de aprender a enfocarnos en los frutos. Podemos llegar a confundirnos porque la persona habla de manera elocuente acerca de la presencia y de la bendición de Dios, y nos muestra fotografías de cosas grandes que ha logrado en su carrera o historia ministerial. Pero no es a esto a lo que Jesús se refiere al hablar del *fruto* del árbol, que es en donde nosotros deberemos centrar nuestra atención.

La Palabra de Dios es una semilla enviada directamente desde el corazón del Padre hacia cada uno de sus hijos. Se espera que esa semilla encuentre tierra fértil en donde ser plantada, así como también trabajo diario que produzca que esa semilla sea correctamente abonada y alimentada, de manera que pueda, a su tiempo, producir los frutos para los cuales fue enviada y depositada en el corazón por el Señor. Si esa semilla no germina, no brota, ni crece, ni tiene frutos, significará que no recibió el cuidado necesario para convertirse en el árbol que Dios mismo estaba esperando que fuera.

Los frutos que debemos buscar en una persona son los frutos que correspondan a la semilla, y no frutos artificiales o ajenos a la naturaleza del árbol en el que estamos buscando. Por ejemplo: en muchos países se tiene la costumbre de decorar árboles para la fecha de las fiestas navideñas. Esos árboles no son decorados conforme al fruto que deberían haber tenido; al contrario, son decorados con imágenes y formas que ni siquiera son fruto de ninguna planta ni ser vivo. Muchas veces, muchos de los *árboles* que dicen estar sirviendo a Dios, más que tener frutos conforme a la semilla que han recibido del Padre, están *adornados* con elementos que no tienen nada que ver con la semilla que Dios les entregó. Frutos *inventados*; frutos *de adorno*; es un fruto irreal, de mentira, solo *de exposición*. Para saber si realmente la persona por la cual nos estamos dejando ministrar está teniendo los frutos que Dios mismo espera que esa persona tenga, deberemos observar su conducta, su manera de ser, cómo es y cómo ha sido con sus hijos, con su familia, con sus seres queridos, saber cuáles han sido los cambios que la persona ha tenido a lo largo de su vida y crecimiento espiritual. Solo entonces, una persona podrá tener respaldo del cielo para dar a otros lo que el Señor le pueda haber

entregado. Si la persona enseña una cosa, pero camina de forma totalmente opuesta a lo que dice y predica, entonces difícilmente esa persona sea digna representante del Reino de Dios.

Nos enseña la importancia de observar la permanencia en el tiempo de la persona en cuestión. Muchas personas y ministerios surgen como estrellas fugaces cruzando delante de nosotros con una luz enceguedora, apabullándonos con su mensaje elocuente y sus aparentes *éxitos* y demostraciones de poder. Pero, así como muchos aparecen y revolucionan todo en un momento, así vuelven a desaparecer quedando en el olvido o, simplemente, en el recuerdo de unos pocos que intentan conservar su memoria y su permanencia en el tiempo. En cambio, la Palabra de Dios nos enseña que el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre. Esto significa que los verdaderos obreros, aquellos que han sido genuinamente llamados por Dios para cumplir con misiones y funciones específicas, no pasan simplemente brillando; su luz no es esporádica ni circunstancial. Ellos se perpetúan en el tiempo, permaneciendo y perseverando en el lugar en el cual Dios mismo les ha colocado, cumpliendo la función que él los ha llamado a cumplir y respondiendo afirmativamente a diario con la encomienda y la tarea que el Señor les encomendó. Otro de los factores que debemos tener en cuenta para saber si alguien tiene o no respaldo de parte de Dios.

Conclusión:

Jesús mismo nos advierte que no debemos dejarnos engañar por cualquier voz que se levanta predicando su Palabra, sino que debemos prestar atención a los hechos, acciones y decisiones que respaldan esa predicación. En realidad, cualquiera puede elaborar un mensaje que suene bonito y que tenga respaldo bíblico, teológicamente hablando; pero frutos sinceros de un corazón que tomó decisiones para tener en su vida los cambios que el Espíritu de Dios procuró producir, y que sus decisiones, nada fáciles de tomar, produjeron en su vida, eso no es tan sencillo y fácil de encontrar.

Clase 24

EL OBJETIVO PRINCIPAL DE NUESTRA VIDA SOBRE LA TIERRA

Poniendo nuestro corazón en lo realmente importante

*“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos,
sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos.*

*Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre,
y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?
Y entonces les declararé: Nunca os conocí apartaos de mí, hacedores de maldad”.*

Mateo 7: 21-23

Jesús nos enseña la importancia de cultivar una relación de intimidad con Dios.

Nos enseña la importancia de obedecer y sujetarnos a la Palabra de Dios. No alcanza con decir que somos hijos de Dios, ni con decir que él es Señor de nuestra vida; es necesario demostrarlo. Muchas personas dicen caminar con Dios y tener una relación con él, pero en su diario andar, su manera de conducirse demuestra lo contrario, ya que no aplican los consejos de la Palabra a sus vidas, ni acatan las directivas que el Padre nos ha entregado a quienes hemos manifestado querer caminar con él. Para ser verdaderos hijos de Dios, indefectiblemente, deberemos caminar conforme él espera que nosotros caminemos. Estar dispuestos a hacer su voluntad, en todas las áreas de nuestra vida. A poner su deseo y su sentir en primer lugar en nuestro corazón, independientemente de lo que sintamos o de lo que hubiéramos escogido. Poner el deseo del corazón de Dios, incluso, antes que el nuestro propio. Estos serán los que alcancen la bendición de Dios y sean reconocidos como verdaderos hijos suyos.

Nos enseña la importancia de no poner nuestro corazón en lo *atractivo* y *seductor* del mensaje del Evangelio. Muchas personas abrazan el ministerio engañados por lo atractivo y seductor que puede llegar a ser el poder. El hecho de que seres espirituales de maldad se nos puedan sujetar, el hecho de recibir revelaciones de parte de Dios para transmitir y comunicar a otras personas, pueden ser habilidades que nos llamen tanto la atención que nos veamos atraídos a involucrarnos de manera activa en ellas para sentirnos útiles, para sentirnos poderosos, para sentirnos *admirados, reconocidos* y hasta *necesitados*. El hecho de que otros necesiten de nosotros, de nuestra habilidad o poder para realizar milagros, o para darles consejos o proporcionarles una guía y una dirección, puede llegar a ser un motivo por el cual decidamos ser parte de los obreros del Señor, pero no es en realidad Dios quien nos está llamando ni convocando a ser parte de sus ministros, sino todo lo contrario: es nuestra necesidad de ser vistos, de ser reconocidos, de ser aplaudidos, o la necesidad de valoración que tal vez, en toda nuestra vida, nadie jamás nos dio.

Nos enseña la importancia de que, *en aquel día, él nos conozca.* De nada nos servirá tener mucha fama en la tierra si *en aquel día*, en el día en que nos toque entrar en el Reino de los Cielos para morar con él para siempre, nos encontremos en la entrada con que el Señor nos diga que no nos conoce. De nada servirá el *currículum* que podamos sacar, ni las historias y testimonios que le podamos contar, si él sigue meneando su cabeza y diciendo que no le suena, ni siquiera, nuestro nombre. De nada nos servirá haber amontonado *logros y éxitos* personales, si el Señor tiene que encontrarse con que somos unos perfectos desconocidos para él.

El objetivo de nuestra vida en la tierra es la salvación de nuestra alma, en primer lugar. Más allá de las cosas que podamos alcanzar y de lo conocidos que podamos llegar a ser en el plano terrenal, de nada nos servirá si no logramos ser conocidos por el Señor, antes que por el reino de las tinieblas. Nuestra meta y nuestro anhelo de todos los días debe ser tener cada vez una relación más estrecha con él, de manera que, cuando lleguemos al cielo, no solamente él nos conozca y salga a recibirnos, sino que pueda decirnos: *“Bien, buen siervo y fiel; la carrera ha sido dura, pero llegaste, ya estás aquí, ahora disfrutaremos juntos de toda la eternidad”*.

Conclusión:

Cada día, el Padre nos espera para tener una relación de intimidad y de comunión con cada uno de nosotros. Cada día, el Señor abre sus brazos para tener un momento en el cual derramar su presencia y su bendición sobre cada una de nuestras vidas. Que pueda ser, para nosotros, el momento más importante del día, donde todo lo demás pueda quedar afuera y no tengamos consciencia de nada más que de su presencia y de su corazón, fluyendo hacia el nuestro. Esto hará que nos hagamos íntimos suyos, y que el día en que tengamos que presentarnos delante de él no necesitemos de nadie que se nos adelante para informarle al Señor acerca de nuestra persona.

Clase 25

EL FUNDAMENTO SÓLIDO PARA NUESTRA VIDA

Aprendiendo a tomar y a aplicar todo lo recibido

“Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa, y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca. Pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina”.

Mateo 7: 24-27

Jesús nos enseña la importancia de atesorar cada una de sus enseñanzas y de procurar aplicarlas a nuestra vida, poniéndolas por obra en todos nuestros caminos.

Nos enseña la importancia de conocer la Palabra de Dios. No alcanza con decir que alguna vez hemos oído o escuchado algún pasaje bíblico. Si realmente queremos tener firmeza en el camino del Señor y realmente queremos vivir de tal manera que agrademos su corazón y seamos aún puntales y referentes para otros, más que oír esporádicamente o leer de vez en cuando algún pasaje de la Biblia, debemos poner nuestro corazón en ella para estudiarla, para conocerla y para comprender todo lo que Dios quiere decirnos a través de sus páginas. ¿Cómo podemos saber cuáles son los efectos de un medicamento, además de quedarnos con lo que el médico nos haya dicho? Pues, seguramente, leeremos el prospecto que trae en su interior, para cerciorarnos de que sea tal y como el médico, en algún momento, nos explicó

que sería, o para recordar lo que el médico nos dijo acerca del efecto que ese medicamento causaría en nosotros. De la misma manera, la Biblia debe ser para nosotros un libro de consulta diario, donde volvamos una y otra vez para despejar las dudas, para encontrar respuestas y para afirmar cosas que hemos escuchado y recibido con anterioridad, pero que queremos tener presentes para que no se nos olviden nunca.

Nos enseña la importancia de no solamente leer y conocer la Biblia, sino también de poner por obra cada consejo recibido de ella. La Biblia nos alienta a no ser “oidores olvidadizos”, sino a ser “hacedores de la Palabra”, poniendo en práctica los consejos y directivas que recibimos de ella. De nada nos sirve escucharla y leerla si no vamos a accionar conforme a lo que nos dice que hagamos; para que nuestra casa pueda estar correctamente edificada, sobre bases y fundamentos sólidos que puedan llegar a ser pilares inamovibles contra cualquier tormenta que se pueda levantar, nuestra seguridad radicarán en que esa Palabra que leemos y escuchamos sea, además, aplicada y vivida en nuestro diario andar. De esa manera, difícilmente se nos pueda derribar.

Nos enseña la importancia de tener en claro que siempre las tormentas van a venir. Muchos hijos de Dios creen y piensan que, precisamente por ser hijos de Dios, o por haber caminado con Dios esforzándose por agradecerle en todos sus caminos, la tormenta nunca se levantará contra sus vidas. Piensan que el hecho de llevar una buena conducta delante de Dios, caminando de la manera en que la Palabra nos enseña que debemos caminar, los inmuniza para sufrir contratiempos u oposiciones que los lleve a tambalear en sus principios, convicciones y seguridades. Pero Jesús nunca quiso engañarnos, y nos dejó bien en claro que la tormenta, indefectiblemente, en algún momento va a venir, pero que no debemos tener temor de ella, si es que hemos procurado edificar nuestra vida sobre la base sólida de su Palabra, ya que no tendrá poder en sí misma para movernos de nuestra firmeza.

Conclusión:

Jesús nos ha dejado su Palabra para que hagamos de ella la base sólida sobre la cual fundamentar nuestras vidas, así como nuestras familias,

nuestros trabajos y todas las cosas con las que tenemos conexión. Estará en nosotros esforzarnos a diario por mirar su Palabra y aplicar su enseñanza a cada una de las áreas en las que nos movemos y andamos, para obtener como resultado esa estabilidad que nos haga prevalecer por encima de todo embate y contratiempo que pueda llegar a venir en nuestra contra.



www.casasegurapublicaciones.es